

# Kennedy: SU VIDA

BRUCE LEE

## LOS PRIMEROS AÑOS

### Jack y Joe

Estamos en 1929, en el hogar de la familia Kennedy, una gran mansión de estilo georgiano rodeada de espacioso terreno en un sector muy elegante de Bronxville, precisamente al Norte de la ciudad de Nueva York.

En el interior, sobre la alfombra del cuarto de estar, dos muchachos están luchando. El de más edad, Joe junior, tiene catorce años, es robusto y de aspecto atractivo. El más joven, John, llamado Jack por todo el mundo, tiene doce años, es menos corpulento y más delgado que su hermano. Desde la escalera, seis Kennedy de menos edad contemplan la lucha. Cinco son niñas: Rosemary, Kathleen, Eunice, Pat y Jean. El menor de todos, de sólo cuatro años de edad, es otro chico: Bobby. Unos años después vendrá al mundo el noveno retoño varón de los Kennedy, Teddy.

Joe ganará la pelea, como casi siempre. Es mayor, más pesado y más fuerte. Pero Jack lucha fieramente, aporreando a su hermano y siendo machacado a su vez en justa correspondencia.

No es una pelea ordinaria, porque ésta no es una familia ordinaria.

Instantes después, la lucha ha terminado y los mayores, Joe y Jack incluidos, porque son otra vez los mejores compañeros del mundo, estarán jugando con unos amigos, en el amplio césped que se extiende delante de la casa, un violento partido de "touch", capaz de partir un hueso a cualquiera.

Desde la banda, Joseph P. Kennedy senior suele contemplar el juego, constituido por su cuenta en imparcial "hinchada", gritando y jaleando primero a favor de un bando y luego a favor del otro. El "viejo Joe —recuerda un amigo de los jóvenes Kennedy— "no solía participar en los juegos. Era demasiado astuto para eso".

En verdad, Joseph P. Kennedy no es tampoco un hombre corriente. Apenas cumplidos los cuarenta años es ya, por su propio esfuerzo, multimillonario. A medida que vayan pasando los años se irá convirtiendo en uno de los hombres más ricos del país. Participa activamente en la política y desempeñará altos cargos gubernamentales. Inició su fortuna en Boston. Al crecer sus negocios trasladó su numerosa familia a Nueva York en el año 1926, cuando su segundo hijo, Jack, tenía diez años. Está extraordinariamente orgulloso de sus hijos en desarrollo, interesado en su bienestar y preocupado por su futuro.

El padre de Joe, Patrick Kennedy, luchó contra el arraigado prejuicio anti-irlandés que prevalecía en Boston, y llegó a ser jefe político del sector Este de la ciudad. A su vez, Joe Kennedy había experimentado por sí mismo los sinsabores de ser irlandés y católico en Boston. Esta fue, en realidad, una de las razones de que trasladara su familia a Nueva York. Un día llegaría a ser embajador de los Estados Unidos en Inglaterra. Pero —meditaba— ¿qué sería de aquella ardiente y acometedora bandada de niños que veía jugando sobre el césped? En cualquier caso, él les ayudaría, no con dinero, porque ya podía verse que no iba a faltarles nunca, sino inculcándoles las cualidades que cuentan: valor, laboriosidad, ambición, lealtad familiar, patriotismo, firmes creencias religiosas y espíritu de competición.

La madre de los niños, Rose, contempla el juego desde una ventana de la casa. Tampoco ella es una persona corriente. Graciosa, culta, competente y be-



Kennedy a la edad de ocho años, cuando estudiaba en Dexter School, Brookline, Massachusetts.

lla, es hija de John Fitzgerald, llamado "Honey Fitz" (Fitz el Melifluo), ex-alcalde de Boston. Los primeros recuerdos de Jack se remontan a los tempranos años de su niñez, cuando en Brookline (Massachusetts), iba a visitar a los prohombres políticos acompañando a su abuelo Fitzgerald, que estaba entonces empeñado en una dura campaña electoral por el cargo de gobernador de Massachusetts. Años después, cuando Jack se presente a su vez a unas elecciones, algún socarrón dirá:

—Los Kennedy no son verdaderamente demócratas y con seguridad tampoco son republicanos: forman un partido político por su cuenta.

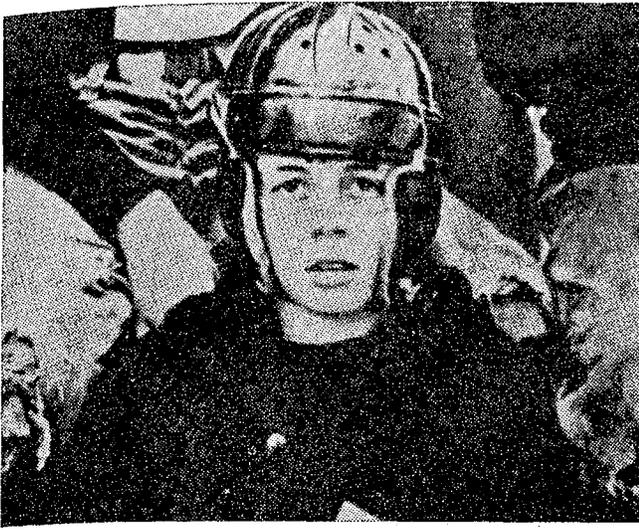
La firme disciplina y el espíritu de competición que Joseph P. Kennedy inculcó a sus nueve hijos fueron sólidamente asimilados. Cuando el padre estaba lejos del hogar por culpa de los negocios o de la política, traspasaba la vara de la autoridad al joven Joe, que era tan severo como su padre.

Así resultó, de manera natural, que Jack fue el único y verdadero rival que Joe tuvo en la familia, los demás hermanos próximos a él en edad eran chicas, y los chicos más jóvenes eran aún demasiado pequeños. De este modo, los hijos mayores, Joe y Jack, luchaban frecuente, y dura y largamente. Como Jack era menor, siempre quedaba en segundo puesto.

Naturalmente, el padre de los muchachos conocía esta rivalidad entre sus hijos, pero hacía poco por impedirlo. Porque sabía que Joe compensaba sus rudos procedimientos con una ilimitada generosidad a la hora de ayudar a sus hermanos y hermanas menores. Jack reconoce hoy que, a pesar de sus peleas con el hermano mayor, su amistad y amor mutuos eran muy profundos. Jack tiene todavía una elevada y afectuosa opinión de su hermano mayor, pero admite:

"Joe tenía un temperamento belicoso. Más adelante se suavizó, pero aquello constituyó para mí un problema en mi niñez".

Es evidente que aquel problema fue doloroso, a



En 1927, a los diez años de edad, jugador de fútbol de Dexter School.



Joseph P. Kennedy, rodeado de su esposa y sus nueve hijos.

nadie le gusta ser el eterno perdedor, y para un Kennedy, criado para triunfar, aquello de perder se le hacía muy cuesta arriba. Que perder nunca se convirtió en un hábito de Jack es también evidente, porque su esforzado ánimo nunca se doblegó y con tenacidad ponía a prueba a su hermano mayor una y otra vez. La victoria, cuando llegó, fue precisamente por esto mucho más sabrosa.

Victoria y valor eran las claves de la filosofía que Joseph P. Kennedy transmitió a sus hijos. En realidad, éste era el código que le había traspasado a él su padre, Patrick, quien trepó hábilmente hasta lo alto de la cucaña política de Boston.

"Joe quería que sus hijos fueran hombres de pensamiento y de acción" —recuerda Tom Schriber, amigo íntimo de Joe desde la infancia—. "Solía decirles: 'No me importa lo que hagáis en la vida, pero, hagáis lo que hagáis, sed los mejores del mundo. Si habéis de ser picapedreros, sed los mejores picapedreros del mundo'".

La familia hizo cuanto pudo por iniciar a los niños en todas las formas del atletismo. En la casa veraniega familiar, situada en Hyannis Port, cerca del cabo Cod, en Massachusetts, tenían pistas de tenis y facilidades para practicar los deportes de vela y natación. Hasta las niñas aprendían a jugar una modalidad particularmente violenta del "touch". Más adelante, aunque las chicas temían ganarse el calificativo de "marimachos", aun sabían pasar, chutar y correr casi tan bien como sus hermanos varones. A veces cuando éstos las habían zurrado fuertemente en un disputado partido de tenis, ellas se retiraban sollozando de la pista sólo para volver al cabo de un rato en un nuevo intento de derrotarlos. En la residencia invernal de la familia, en Palm Beach, Florida, su padre tenía siempre un entrenador profesional a mano para estar seguro de que sus hijos estaban siempre en plena forma física. El profesional se responsabilizaba de que nadaran tantos largos de la piscina, que hicieran tantas flexiones de brazos suspendidos de la barra o que perfeccionaran su boxeo.

"Forman la familia más competitiva y al mismo tiempo más unida que he visto —decía un amigo de la familia—. Primero se pelean y luego se miman. Se estimulan unos a otros. Sus mentes echan chispas. Cada uno tiene buenos amigos, pero a nadie quieren y admiran tanto como a sus hermanos y hermanas".

Uno de los pasatiempos favoritos de los niños era la navegación de vela. Cuando eran pequeños solían ir todos juntos en una pequeña balandra que llamaban la "Tenofus". Luego, cuando nació Teddy, la superpoblación en la balandra se hizo excesiva y entonces compraron una embarcación más grande, a

la que pusieron el nombre de "Onemore" (uno más). Naturalmente, cuando Jack recibió su primera embarcación, la llamó "Victoria". "Tiene algo que ver con 'Victoria'", explicó cuando le preguntaron el significado de la palabreja.

"Ni Jack ni Joe tenían miedo de nada" —cuenta uno de sus compañeros de navegación.

Los dos muchachos solían navegar en días de mar tan gruesa que apenas podía verse la embarcación entre las olas. Uno de estos clásicos viajes tuvo lugar cierta vez que las olas eran tan altas que ninguna otra embarcación del puerto se atrevió a dejar su fondeadero, pero Jack, Joe y dos amigos salieron a dar un arriesgado y húmedo paseo. Joe y su amigo, como dominaban la situación, obligaron a Jack y al suyo a sentarse a barlovento, donde las olas los remojaban constantemente. Fue un largo paseo, y tanto Jack como su compañero estaban furiosos. Pero como no podían hacer nada, tuvieron que aguantarse, aunque no en silencio. La memoria de aquella excursión marítima perdura todavía viva en sus mentes, pero lo que hoy es tema de bromas no lo fue en su tiempo.

Mientras Jack y su hermano se divertían con los deportes, su padre seguía esforzándose por perfeccionar sus mentes. Solía llevar a los chicos a la biblioteca de su casa de Bronxville para discutir con ellos los últimos temas de actualidad. Cuando los hijos menores fueron creciendo, su padre trasladó el escenario de las conversaciones de la biblioteca al comedor, y pronto la hora de comer se convirtió en el momento de las discusiones, sesudas y a veces empeñadas, acerca de los acontecimientos del instante.

La familia era rica, pero los padres hicieron los dos un supremo esfuerzo para evitar que sus hijos se estropearan por culpa del dinero.

"Intentamos enseñarles a no desperdiciar ninguna oportunidad —explica Rose—. Nunca les dimos para sus gastos más dinero del que recibían los hijos de nuestros vecinos. Nunca ponderamos nada sólo porque fuera caro. En Boston no se habla de dinero, y nosotros establecimos la norma de no hablar nunca de dinero en nuestra casa".

Para probar su afirmación, los Kennedy muestran una carta escrita por Jack pidiendo un aumento en su asignación poco después de entrar en los "boy scouts". Su gramática era terrible, pero lograba hacerse entender.

"Mi actual asignación es de 40 centavos —empezaba diciendo—. Esto lo usaba para aeroplanos y otros juguetes de niños, pero ahora soy un "scout" y dejo a un lado mis cosas infantiles".

"Antes gastaría 20 de los 40 centavos y en cinco minutos tendría los bolsillos vacíos, nada ganado y

20 centavos perdidos. Ahora que soy un "scout" he de comprar cantimploras, mochilas, mantas, linternas, ponchos y otras cosas que durarán años y podré usar siempre, mientras que no puedo usar siempre el chocolate, las pastillas de malvavisco y el helado de los domingos, por eso solicito que mi asignación sea elevada en 30 centavos para mí y para comprar cosas de "scouts" y para invitar a los amigos".

El dinero sólo se empleaba como premio en ocasiones extraordinarias. El padre obtuvo de ellos una promesa formal por la que cada niño se comprometía a no fumar ni beber hasta que cumpliera los veintidós años. El incentivo para mantener la promesa era una prima de 2.000 dólares, pagadera al cumplir el interesado los veintidós años, que podía ser conservada o devuelta según el niño hubiera cumplido o no su promesa.

La norma de los Kennedy de no hablar de dinero fue cumplida tan estrictamente que los padres no dijeron a sus hijos que, cuando alcanzaran los veintidós años, recibirían un fideicomiso de un millón de dólares. Según Rose Kennedy, ninguno de sus hijos supo nada de este dinero hasta que se enteraron por una revista.

Es interesante notar que, aunque Joe Kennedy era testarudo y agrio en el calor de la discusión, se mantuvo firme en que sus hijos fueran económicamente independientes y tuvieran el valor de decidirse por sí mismos. Hablando de los fideicomisos, dice con orgullo:

"Los establecí para que cualquiera de mis hijos, financieramente hablando, pudiera mirarme a la cara y mandarme a paseo".

Jack adelantó firmemente, escalón por escalón, a lo largo de los grados cuarto, quinto y sexto en el cercano colegio Riverside, en el West Bronx. De vez en cuando, su madre se presentaba en el colegio y hablaba con los profesores para enterarse de los progresos de su hijo. Hoy, sus maestros recuerdan a Jack como un niño despejado, educado y serio, enamorado de la historia y dotado de un fuerte temperamento.

"Su niñez fue sosegada y estudiosa —dice Rose cuando recuerda los primeros pasos de su hijo—. En realidad, mirando atrás, creo que fue el más sosegado de los niños".

Sosegado o no, Jack era muy capaz de armar jaleo. Y las travesuras infantiles encontraban poca indulgencia en su madre.

"Soy una mujer más bien anticuada —dice muy en serio Rose Kennedy— y creo en el castigo corporal, son muchos los cachetes que he dado a Jack y a los otros".

Rose Kennedy es profundamente religiosa y ha transmitido sus creencias a sus hijos. Explicando sus opiniones a este respecto, suele decir:

"No sé nada de la religión considerada como cuestión nacional o política, pero creo que la religión es maravillosa para los niños. La mayoría de los niños buscan en ella estabilidad y sentido, la religión ha significado mucho en la vida de Jack".

Recapitulando la vida de los jóvenes Kennedy en el hogar, Rose explicaba recientemente las razones de la fuerte solidaridad familiar de los Kennedy.

"Supongo que se debe a su formación hogareña —dice—. Hemos sido siempre una familia católica muy estable, y mi marido encontró siempre tiempo para discutir las cosas con sus hijos, por acuciantes que fueran sus actividades políticas. Mi marido fue siempre un padre muy severo, le gustaba que sus hijos triunfasen en los deportes y en todo cuanto emprendían. Si no ganaban, discutía el fallo con ellos, pero no tenía mucha paciencia con el perdedor".

Jack, como recuerda Rose, su madre, fue el gran lector entre sus hijos. Recuerda que apenas le conocía cuando no le veía con un libro en las manos. Nada le hacía tan feliz como ser el primero en coger el diario. Leía, sigue recordando Rose, con total concentración que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Sus hábitos de lector y su afición por la lectura acompañarían a Jack toda la vida.

En 1930, a los trece años, Jack se dispuso a aban-

donar el hogar por primera vez: pronto empezaría los estudios preuniversitarios a la Canterbury School, de New Milford, en Connecticut. Se acabaría la constante proximidad, característica del apiñado círculo de familia, que había significado tanto para él. Sus padres creían que si los niños mayores recibían una buena formación, enseñarían a su vez a los hermanos menores. Y así fue: Joe y Jack enseñaron a sus hermanos y hermanas más pequeños todo lo que sabían. Al hacerlo así, ambos muchachos aprendieron a amar y a apreciar a los menores. Hay chicos mayores que consideran a los pequeños como piedras de molino atadas a sus cuellos. Esto no ocurrió con los Kennedy. Sería triste, pensaba Jack, abandonar tan maravillosa familia para marcharse a la escuela preparatoria.

## Escuela preparatoria

Pocos meses después de entrar en Canterbury, Jack había vencido su inicial sentimiento de soledad. "He añorado mucho el hogar, pero ahora todo va bien", escribió a su casa una vez que estuvo acostumbrado a la vida escolar.

Aunque era un verdadero atleta, Jack sufrió su primera contrariedad cuando intentó ingresar en el equipo de fútbol americano y fue rechazado porque no pesaba lo suficiente. Impertérrito, buscó otro deporte estudiantil y pronto comunicó a su casa que había progresado tanto en natación que podía cubrir 50 yardas en medio minuto.

Ajustándose a un rígido plan, escribía a su madre: "Vamos a la capilla cada mañana y cada noche, creo que seré mucho más pío cuando vaya a casa". Pero su éxito en los estudios era sólo moderado y, como indican sus cartas, la ortografía no era su fuerte. En cierta ocasión, Jack tuvo serias dificultades con el latín, y su profesor comentaba en su cuaderno de notas: "Puede hacerlo mejor".

A pesar de sus problemas con los estudios, Jack estaba al corriente de las noticias de actualidad. Escribió a su padre pidiéndole que le enviara el "Literary Digest", una revista política de los primeros años treinta.

Cuando se aplicaba, mostraba una notable aptitud para recordar lo que leía. "Estamos leyendo "Ivanhoe" en inglés —escribía a su padre—, y aunque yo puedo no recordar cosas materiales, como billetes, cuantes y demás, sí puedo recordar cosas como Ivanhoe, y la última vez que hemos tenido un examen sobre esto he sacado 98".

Cuando regresó a su casa para pasar las vacaciones de Pascua, Jack sufrió un ataque de apendicitis y no pudo acabar el semestre de primavera en Canterbury.

En el otoño, Jack se reunió con su hermano mayor, Joe, en la escuela preparatoria de Choate, también en Connecticut, una de las mejores escuelas privadas de Nueva Inglaterra. Es significativo que Choate no fuese una escuela católica, como lo era Canterbury. El traslado de Jack a Choate indicaba firmemente la norma de educación que Joe Sr. había pensado para sus hijos: las niñas irían a escuelas parroquiales católicas, los muchachos, a escuelas no confesionales. El razonamiento de su padre era sencillo. Ya preveía que los muchachos podrían algún día dedicarse a la política y en una escuela no parroquial tendrían oportunidad de encontrar una selección de amigos más amplia y variada. Aunque Choate no era una escuela católica, los muchachos continuaron cumpliendo sus obligaciones religiosas, y en largas cartas referían constantemente a su casa lo que estaban haciendo.

Joe llevaba a Jack mucha delantera en la escuela. El mayor de los muchachos empezó a forjarse fama de atleta destacado en cuanto llegó a Choate. Jack, más ligero y menos corpulento, se encontró incapaz de competir con su hermano en el plano universitario. Pero amaba el atletismo y participaba en los campeonatos internos de la escuela, en los que

competía con muchachos de su talla con ferocidad propia de un tigre.

"Lo más saliente que puedo recordar acerca de Jack es que era un luchador —recuerda con orgullo su entrenador de fútbol americano—, cojan ustedes a Joe y verán que era un auténtico atleta. Pero Jack compensaba con su lucha lo que le faltaba de capacidad atlética".

Jack era perezoso en los entrenamientos, pero no cuando las cosas se ponían mal. Frecuentemente, el entrenador intentaba acelerar las evoluciones de los jugadores en el campo corriendo detrás de los muchachos, y si podía alcanzarlos les daba un buen golpe para hacerles correr más. Pero nunca pudo atrapar a Jack.

"Jack solía galopar a lo largo del campo, y cuando yo me acercaba, daba un estirón y me dejaba atrás —recuerda riendo el entrenador—. Era terriblemente rápido. Yo podía correr cien yardas en once segundos, pero él me ganaba".

Los principales fallos del joven Kennedy eran en los estudios. Sus calificaciones estaban muy por encima del nivel normal en inglés y en historia, pero tenía dificultades con las lenguas, especialmente con el latín. La biología y la química le aburrían. Por consiguiente, se encontró en apuros varias veces.

"John sólo hacía esfuerzos medianos, por lo que sólo conseguía calificaciones medianas —recuerda su profesor—, yo solía hablar con él regularmente. El prometía esmerarse, pero los resultados no llegaban; era exactamente igual que todos los muchachos de su edad. Celebrábamos conferencias cada dos semanas acerca de sus notas. A veces las necesitaba, otras veces, no".

Los compañeros de Jack están de acuerdo con esta apreciación.

"No se esforzaba mucho en el trabajo" —cuenta un amigo.

Su compañero de habitación, LeMoyne Billings, resume así la cuestión:

"La diferencia entre el Jack de entonces y el de ahora es que hoy, si considera que es débil en algún sector particular, se esforzará en perfeccionarse en él".

A medida que los años iban pasando, Jack ganaba en estatura y atractivo y adquiría más seguridad en sí mismo. Los fuertes lazos familiares persistían, pero también crecía en él un fuerte sentido de individualidad y de conciencia de sí mismo. Era Jack Kennedy ya, con sus talentos, sus fallos, sus intereses. Jack empezó a darse cuenta de que la clave de su vida consistía en explotar sus talentos e intereses y en vencer sus fallos lo mejor que pudiera. Aquello era un proceso de crecimiento, y Jack, a medida que maduraba, descubría que sus talentos y sus intereses eran muchos. "Era una de las personas más polifacéticas que he conocido —dice Billings—. Siempre que pasaba algo, él tenía que estar metido en ello".

Todavía encontró tiempo Jack para suscribirse al "New York Times" y se engolfaba en su grave contenido todos los días. El interés por los asuntos internacionales que le había inculcado su padre nunca decayó.

"Era evidente que no compraba el periódico sólo para leer la sección de deportes y las historietas gráficas" —dice un conocido.

Jack vestía sin etiquetas. Pantalón caqui, gruesos jerseys y zapatos blancos de ante constituían su atuendo habitual durante el día. Por la noche, los muchachos tenían que llevar americana y corbata para cenar y asistir a la diaria función religiosa no oficial antes de entrar a la sala de estudio. A pesar de la actitud despreocupada que adoptaba, Jack se daba cuenta de sus fallos. Sabía que su padre deseaba verle quedar bien, pero le costaba apechugar con asignaturas que no le interesaban. "Si no fuera por el latín —escribió una vez a su madre—, sería probablemente el primero del curso medio, pero me faltan diez puntos para ello". Otra vez escribía: "Tal vez papá crea que pretendo disculparme, pero no es así. He tenido algunos apuros con las asignaturas por culpa de aquello que decía papá que me pasa: empiezo con grandes bríos para desinflarme luego".

Cuando quería, Jack era capaz de desplegar una formidable fuerza de concentración.

"Si estaba absorto en un libro —recuerda Billings—, ya podías hablarle; ni siquiera se daba cuenta de tu presencia".

Muchas noches Jack visitaba a su hermano Joe para echar una buena parrafada. Los chicos solían hablar de todo lo que les venía a la mente: de lo que les molestaba la severa disciplina de la escuela, de las probabilidades del equipo de Choate en su próximo partido con una escuela rival y, como es bastante natural, hablaban de chicas.

Por entonces, entre Joe y Jack se había creado un vínculo de cálido cariño. La vieja rivalidad había sido ampliamente sustituida por la comprensión mutua. Naturalmente existían diferencias en sus capacidades y en sus personalidades, Jack deseaba ser tan buen atleta como Joe, pero su ligera constitución se lo impedía. Joe era franco y cordial; Jack era más sosegado, pero formaba amistades más íntimas. Los amigos y profesores de ambos muchachos niegan que existiera ningún conflicto serio entre los dos durante sus años en Choate.

—Se ha exagerado mucho la rivalidad entre Jack y Joe —dice hoy un compañero de clase—. Si se dice que Jack no era tan sociable como Joe no se acierta del todo. Jack tenía más amigos, más amigos íntimos, que Joe tuvo jamás. Jack era mucho más extravertido, dígame lo que se quiera. Era Joe el más difícil de llegar a conocer.

Tom Schriber, uno de los más íntimos amigos de la infancia de Joe, confirma esto:

"Indudablemente, creo que Joe le proporcionó a Jack algo de complejo en aquellos primeros años —dice—, pero era en gran parte el sentimiento propio de un hermano menor hacia el mayor. Joe maduró muy pronto, pero Jack fue mejorando a medida que crecía. Joe era aproximadamente un año mayor que Jack y éste no pudo superar la diferencia, pero aun así estuvieron tan unidos como es posible que lo estén dos hermanos. Y creo que si Joe viviera hoy, Jack le habría sobrepasado como político. Esto se vio muy pronto. Jack siempre tendía al compromiso, Joe jamás".

"Naturalmente, solían pelearse. Aquello era grave, cierto, pero nunca llegaban a lastimarse el uno al otro. Por regla general solía haber greca en la casa porque Joe quería ir en barca a un sitio y Jack quería ir a otro. Y, claro, se peleaban. Pero luego Jack se iba con él tan contento".

Tom Schriber recuerda que los hermanos hacían algo más que ir en barca juntos. Bajo la experta dirección de su padre aprendían a pensar de una manera razonada y lógica acerca de las cuestiones de candente actualidad. Schriber relata una escena que tuvo lugar durante unas vacaciones en la biblioteca de alto techo y paredes tapizadas de libros alineados de la casa de Bronxville. Joe Kennedy, sus hijos Jack y Joe y Schriber estaban presentes. Papá Kennedy empezó a hablar del Cuerpo Civil de Conservación, un nuevo programa juvenil que el presidente Roosevelt acababa de lanzar para combatir la depresión. Rápida e intensamente los jóvenes Kennedy se enfrascaron en una discusión y examinaron el tema desde todos los puntos de vista. Durante más de una hora el nuevo Cuerpo fue objeto de discusión y cuando los muchachos salieron de la biblioteca estaban tan enterados del asunto como la mayoría de los adultos, y probablemente más.

Después del debate, recuerda Schriber, los chicos salieron al amplio césped situado delante de la casa. Jack y algunos de sus hermanos y hermanas menores refarón inmediatamente a Joe y a Schriber a un partido de "touch".

Describiendo a un periodista el fregado subsiguiente, Schriber contaba:

—Estábamos rodeados de niños por todas partes. Nosotros éramos mayores y más fuertes, y ganamos. Pero ellos eran más que nosotros y uno nunca sabía lo que le iba a pasar. Había que tener en cuenta los muchos árboles que se alzaban alrededor del prado en Bronxville. Yo corría siempre mirando a los ár-

boles y a la pelota al mismo tiempo. Pero Jack, Joe y Bobby no lo hacían nunca y... ¡plaf!, se daban cada trastazo que se quedaban fuera de combate. Puedo recordar varias ocasiones en que uno u otro de los chicos hubo de ser recogido inconsciente, iban siempre vendados y magullados por todas partes.

Por la época en que seguían el curso superior, Jack y su compañero de habitación LeMoyné Billings decidieron que su sencillo cuarto de madera y yeso podía emplearse en actividades más serias que en armar meras jaranas. Jack escribió a su padre que Lem y él habían hablado muy en serio acerca de la manera de mejorar sus poco brillantes calificaciones:

—“Hemos decidido definitivamente dejar de hacer tonterías —escribió—. Me doy cuenta de que necesito trabajar mucho este año si quiero ir a Inglaterra. Veo verdaderamente, ahora que pienso en ello, que he estado engañándome a mí mismo acerca del trabajo efectivo que he hecho”.

Las notas de Jack mejoraron casi de la noche a la mañana. Y recibió como premio el prometido viaje a Inglaterra.

Pero la fuerza impulsora de la súbita mejoría en las calificaciones de Jack no era la simple promesa de un viaje al extranjero o alguna otra ganancia material por un trabajo bien hecho. Su padre sacó tiempo de su sobrecargado programa para escribirle: “Ahora, Jack, no quiero dar la impresión de que soy un regañón, porque bien sabe Dios que es lo peor que puede ser un padre. Después de una larga experiencia en calibrar a las personas sé definitivamente que tú vales y que puedes ir muy lejos. Y ahora, ¿no te parece un disparate no aprovechar todo lo que Dios te ha dado?”.

“Después de todo —continuaba su padre—, yo fallaría incluso como amigo si no te urgiera a que aproveches las cualidades que tienes. Es muy difícil compensar la falta de conocimientos fundamentales que se han descuidado cuando uno es joven, y por esto es por lo que te incito a que hagas cuanto puedas. No espero demasiado y no quedaría desilusionado si no resultas un verdadero genio, pero creo que puedes ser un digno ciudadano con buen criterio y entendimiento”.

De esta prudente y comprensiva forma, Joe Kennedy Sr. ayudaba a sus hijos durante sus años de estudios.

“Lo mejor que tenía el padre de Jack era lo unido que estaba a sus hijos —dice un amigo—. No hubieran podido ser lo que hoy son sin la ayuda que él les proporcionó. Pero lo notable era que nunca los forzó ni acució. Debí de ser para él una cosa muy difícil no estropearlos dándoles demasiado”.

Durante su curso superior en Choate, Jack jugó mucho al golf, se hizo muy fuerte en el tenis y remó en el segundo equipo. Tenía dieciocho años, era esbelto, alto, apuesto, inteligente y ampliamente respetado por sus compañeros de curso.

Aunque algunos recuerdan a Jack como un muchacho sosegado, sus amigos íntimos de Choate le consideran de una manera un tanto diferente.

—“Es indudable que Jack era franco, pero no tenía demasiado tacto —dice un amigo—. Tenía el genio vivo, pero nunca conservaba rencores. Estallaba de pronto y al minuto siguiente ya se le había olvidado. Ciertamente no era una perita en dulce”.

Jack empezaba a ver que el éxito, en todo, suponía dos cosas: capacidad e intenso trabajo. El tenía capacidad, bien lo sabía. Estaba precisamente aprendiendo a aplicarse al trabajo intenso.

En el curso superior, sus calificaciones se remontaron hasta la cumbre y fue admitido en la Universidad de Princeton como alumno de primer curso. También ingresó en Princeton su compañero de habitación en Choate, Lem Billings. Su hermano Joe estaba en Harvard, donde a primeros de siglo había estudiado Joe Sr. Jack, encantado con su nueva independencia, planeaba superarse a sí mismo en Princeton.

A fines de la primavera de 1935, Jack se graduó en Choate. Proféticamente, su clase le eligió como el alumno “con más posibilidades de triunfar”.

## La depresión

En octubre de 1929, cuando Jack Kennedy tenía doce años y aún no había entrado en la escuela preparatoria, los Estados Unidos fueron sorprendidos por un derrumbamiento en la Bolsa de Comercio, que empezó el día que hoy se conoce en Wall Street como el “Viernes Negro”.

Durante los meses que siguieron, fortunas personales que valían millones y millones de dólares fueron barridas, muchos Bancos se hundieron y desaparecieron del mundo de los negocios. Algunos especuladores de Wall Street, antes que enfrentarse con el horror de la quiebra, se suicidaron. Millares de pequeños inversionistas desprevenidos —el trabajador a jornal, el limpiabotas, el ama de casa, el agricultor, el médico— vieron los ahorros de toda una vida convertidos en polvo. De pronto dejó de importar la cantidad de valores que poseía una persona. Las acciones parecían sin valor y millones de personas se encontraron en paro forzoso.

Hoy es difícil hacerse cargo del terror que atenazó al país en los años de depresión siguientes al hundimiento de 1929. Personas hambrientas hacían cola durante horas esperando un cazo de sopa y una manzana gratis que repartían las cocinas de asistencia pública, apresuradamente instaladas. El que tenía un empleo que le proporcionaba unos pocos dólares por semana era considerado como persona afortunada. Eran tiempos de desesperación para la mayoría de la gente.

Sin embargo, la depresión no afectó a Joseph P. Kennedy y a su familia. Sólo un mes antes del derrumbamiento, en agosto de 1929, retiró súbitamente todo su dinero de la Bolsa. Entonces, aquella determinación pareció mal aconsejada. Las acciones seguían en alza y todos los días se hacían nuevas fortunas. Cuando el globo estalló y los otros inversionistas fueron barridos, Joe se encontró sólidamente asentado.

Años después, Joe explicaría aquella retirada a los periodistas. Según contó, iba un día Wall Street abajo cuando se le ocurrió entrar en un taller de limpiabotas.

El muchacho que empezó a lustrarle los zapatos no le conocía. “Levantó los ojos —cuenta Joe— mientras hacía restallar el paño en mis zapatos y me dijo todo lo que iba a pasar con los diversos valores en la sesión de aquel día”.

El mozo no estaba buscando una propina en pago de sus informes confidenciales ni intentaba impresionar a Joe con sus conocimientos. Sólo hablaba sencillamente sobre lo que iba a ocurrir.

“Yo escuché mientras le miraba desde arriba —sigue Joe—, y cuando sali del local pensé: “Cuando llega el momento en que un muchacho limpiabotas sabe tanto como yo de lo que pasa en la Bolsa y tiene toda la razón, eso quiere decir que hay algo equivocado en mí o en la Bolsa, y es hora de que me retire del juego. Así lo hice”.

Cuando los años veinte dejaron paso a los años treinta, el país se hallaba en estado lamentable, pero Joe iba viento en popa. Tenía una fortuna considerable, tiempo por delante y llevaba la política en la sangre. Tenía además un amigo cuya estrella estaba ascendiendo en el cielo político: Franklin Delano Roosevelt.

En 1932, Roosevelt fue designado candidato por el partido demócrata para la presidencia de los Estados Unidos, y Joe Kennedy fue uno de sus más firmes partidarios.

“Soy la única persona con más de doce dólares en el bolsillo que está a favor de Roosevelt” —solía decir Joe en broma a sus amigos, y en muchos aspectos tenía razón.

En noviembre de 1932, mientras Jack estaba en Choate, Roosevelt fue elegido presidente. Tomó posesión del cargo en marzo de 1933. Un año después de inaugurar su mandato, Roosevelt pidió a su amigo Joe Kennedy que aceptara la presidencia de la Comisión de Valores y Cambio, una nueva agencia fe-

deral encargada de cooperar en la reconstrucción e inspección de la Bolsa.

Mucha gente creyó que Roosevelt había cometido un error al encargar a un magnate financiero como Joe Kennedy la inspección de Wall Street. Los diarios publicaron violentos editoriales contra Joe, los financieros de Wall Street tronaban contra la designación, mientras comían en el club de la Bolsa. Pero no podían negar que el derrumbamiento de 1929 había dejado una mancha en el nombre de Wall Street. El mercado de valores necesitaba un fuerte conjunto de normas que frenara a los especuladores, defraudadores, estafadores y vendedores sin escrúpulos que colocaban acciones desprovistas de valor a un público poco informado. Y Joe Kennedy, que había operado como un lobo solitario cuando el mercado estaba en plena euforia, conocía perfectamente tales trucos y se sabía todos los trucos de los agentes sin escrúpulos y de los sindicatos de especuladores en Bolsa.

Joe irrumpió en los problemas de Wall Street con una energía que asombró a toda la nación. Persiguió de costa a costa las operaciones fraudulentas de Bolsa, limpiando los bolsillos de los ávidos agentes, con el instinto de un experto cazador. En seis meses dio grandes pasos hacia la reconstrucción de la confianza del país en Wall Street. Cuando Joe tomó posesión del cargo, sólo se lanzaban mensualmente al mercado acciones por valor de un millón de dólares. Poco más de un año después, nuevas emisiones por valor de unos 235 millones de dólares eran ofrecidas cada mes y Joe comprendió que había hecho un buen trabajo.

Exactamente a los 431 días de su toma de posesión, Joe decidió dejar el cargo y dirigir sus actividades a sectores más comprometidos. Roosevelt le designó pronto para encabezar la Comisión Marítima, y de nuevo Joe realizó una excelente labor.

Así, cuando el adolescente Jack Kennedy, en la escuela de Choate, en Connecticut, leía diariamente el "New York Times", tenía muchas ocasiones de enterarse de las últimas hazañas de su energético padre. Esto, naturalmente, contribuía a intensificar el interés de Jack en las cuestiones económicas y políticas.

En un no muy lejano futuro, otro importante puesto público esperaba a Joseph P. Kennedy. Cuando esto sucediera, Jack no se limitaría a leer: él mismo estaría directamente interesado en el asunto.

## Harvard

Antes de que Jack entrara en la Universidad, su padre quiso que visitara Londres, durante el verano, para estudiar en la Escuela de Economía de Londres, dirigida por el profesor socialista Harold Laski, famoso en todo el mundo. Así, recién salido de Choate, el tenso y alto joven de dieciocho años salió para descubrir Europa y un nuevo mundo.

Joe Kennedy estimaba que sus hijos ganarían mucho estudiando en Inglaterra con Laski, y así lo había hecho Joe Jr. el verano anterior. Aunque Joe Sr. no era socialista ni mucho menos, sabía que Laski tenía una aguda inteligencia y que los jóvenes Kennedy se beneficiarían entrando en contacto con creencias que diferían tanto de las suyas. En un gesto similar, posteriormente, procuró que los dos muchachos tuvieran una oportunidad de ver Rusia y el sistema comunista.

En Londres, Jack se vio enfrentado con muchos conceptos nuevos al codearse con el amplio grupo de sus condiscípulos. Allí conoció Jack intelectuales, revolucionarios, economistas y escritores de todas las partes del entonces dilatadísimo Imperio británico.

Desgraciadamente, Jack no pudo aprovecharse de estas experiencias con tanta intensidad como su hermano Joe, quien el año anterior se había ganado las alabanzas del batallador Laski por su rápida comprensión de las cuestiones económicas. Jack cayó enfermo de ictericia y tuvo que abandonar la Escuela de Londres, permaneciendo en la lista de bajas por enfermedad hasta poco después de la apertura de curso en Princeton.

Cuando al fin pudo entrar en la Facultad, Jack se quedó entusiasmado con la magnificencia de las instalaciones universitarias de Princeton. Se apresuró a entrar en contacto con sus compañeros de habitación, Lem Billings y Ralph Horton Jr., y a ponerse al corriente en sus asignaturas. Antes que alojarse en uno de los departamentos de lujo, cosa que podía permitirse perfectamente, prefirió residir con Billings y Horton, que no estaban tan boyantes como él desde el punto de vista financiero. Los tres establecieron sus reales en el South Reunion Hall, donde el cuarto de baño estaba en el sótano y los estudiantes de primer año tenían que subir y bajar sesenta y cinco escalones para llegar a su dormitorio.

Pero sólo dos meses después, cuando todo iba como una seda, Jack recayó en su ictericia. No podía hacer más que abandonar Princeton. Así lo hizo, y pasó la mayor parte del invierno intentando recuperar la salud en Arizona. En el otoño, en vez de volver a Princeton y empezar de nuevo con todo un año de retraso respecto de sus compañeros, Jack decidió trasladarse a Harvard, donde su hermano estaba terminando la carrera.

Así, en septiembre de 1936, Jack regresó a Boston, su ciudad natal. Habían pasado diez años desde que la familia Kennedy se había trasladado de Brookline, un arrabal de Boston, a Bronxville, un arrabal de Nueva York.

Cuando Jack Kennedy empezó en "El Patio", como llaman a la ciudad universitaria de Harvard, sus objetivos habían cambiado muy poco en relación con los que persiguió años antes en Choate.

El atletismo constituyó su primer interés. Intentó practicar todos los deportes que pudo —fútbol americano, natación y golf— y formó parte de los equipos de primer año, aunque nunca en el primer equipo, en los tres deportes. Fue en el campo de fútbol donde se ganó por primera vez el respeto de su futuro compañero de habitación Torbert H. Macdonald, llamado "Torbey", que luego jugó como zaguero en el once de Harvard y fue designado como el mejor jugador en su puesto de toda Norteamérica.

Tenazmente decidido a jugar como delantero ala titular en el equipo de fútbol americano del primer curso, Jack solía pedir a Macdonald que se quedara en el campo después de los entrenamientos y le lanzara pases hasta que se hacía demasiado oscuro para ver la trayectoria del balón. Pero aunque impresionó a Macdonald por su acometividad, y aunque el entrenador del equipo del primer año de Harvard admitía que Jack era el que mejor recogía los pases del conjunto, no llegaba al peso requerido y no pudo formar parte del equipo de la Universidad.

Kennedy se negó a desanimarse por su falta de peso. Antes que sentirse abatido, y en vez de dedicarse a un deporte más fácil, entró en el equipo B de la Universidad y su juego acometedor le procuró otra contrariedad: una grave lesión que más adelante estaría a punto de costarle la vida. Alegrementemente decidió no hacer caso de ella.

La determinación de Jack por destacar era devastadora. Buscó un puesto en el equipo de natación de Harvard en la especialidad de espalda. Pero una semana antes de que tuviera lugar una importante prueba, sufrió un fuerte ataque de gripe y hubo de ser hospitalizado en la enfermería de Harvard.

Jack tenía que la parca dieta de la enfermería (sus platos favoritos en la Universidad eran la sopa con crema, rosbif o filetes, patatas, zanahorias con manteca, helado y leche) no le proporcionaba la suficiente energía para las pruebas de natación. Así, Jack pidió a Macdonald que le introdujera de contrabando filetes y leche malteada para conservar su vigor. Luego, ayudado por su compañero de habitación, solía escabullirse de la enfermería por las tardes y, a despecho de la alta fiebre, se entrenaba en la piscina de natación cuando no había moros en la costa.

Pero a pesar de estos planes tan elaborados, Jack no pudo ganar un puesto en el equipo que tomaría parte en la competición. Su lugar fue ocupado por su condiscípulo Richard Tragaskis, el que luego fue

famoso corresponsal de guerra y autor del escalofriante libro "Diario de Guadalcanal".

El entrenador de natación de Jack, Harold Ulen, recuerda vivamente al muchacho que intentó con tanto tesón formar parte del equipo:

"Era un estupendo muchacho, delicado y no demasiado fuerte, pero siempre daba todo lo que tenía —rememora Ulen—. Era hombre de equipo más que individualista, y tan modesto que solía esconderse cuando los fotógrafos de prensa se presentaban para obtener fotografías del equipo. A veces, cuando yo medía su tiempo con el cronómetro y la marca no le parecía satisfactoria, se quedaba un poco deprimido, pero nada más. Era de la clase de los que vuelven inmediatamente a la carga".

Durante sus dos primeros años en Harvard Jack prosperó sólo pasablemente en sus estudios. Sus calificaciones eran la "C de caballero" en la mayor parte de las asignaturas, pero una C de media en Harvard apenas basta para "ir tirando" y evitar complicaciones con las oficinas del decano.

Pero su latente capacidad no escapó a la aguda mirada de los profesores, uno de los cuales escribió por aquella época: "La preparación de Kennedy puede ser incompleta, pero su capacidad general debe ayudarlo. Es sorprendentemente capaz cuando se aplica al trabajo. Un muchacho recomendable".

Durante aquel período, la Universidad de Harvard se agitaba inquieta. Esto derivaba en gran parte de la depresión y de las reformas, debidas al "New Deal", del presidente Roosevelt, que comenzaban a hacerse sentir por toda la nación. Además el mundo estaba revuelto y el excitado cuerpo estudiantil seguía de cerca la nueva amenaza que había surgido contra la libertad mundial: el nazismo alemán y su jefe Adolfo Hitler.

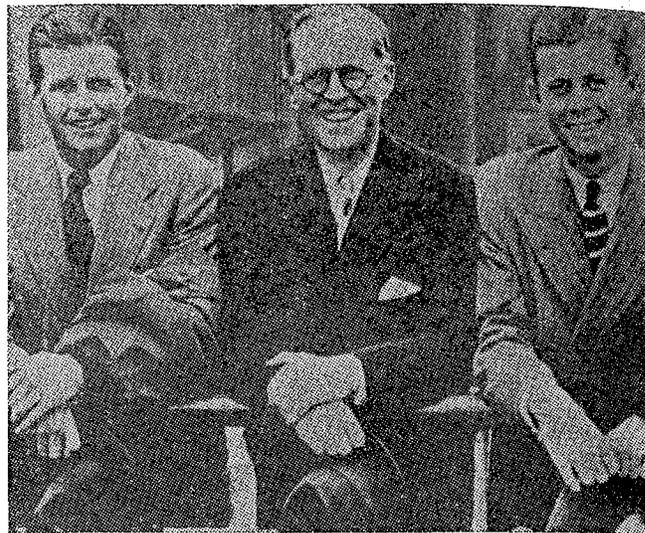
Pequeños clubs dedicados a una u otra causa política brotaban por toda la Universidad. Había grupos de extrema izquierda, grupos de extrema derecha y grupos de centro, pero todos demostraban un febril interés. Los estudiantes organizaban manifestaciones para expresar su indignación acerca de los acontecimientos mundiales, y a veces iban a parar a la cárcel por perturbar la paz. Era un tiempo en el que la juventud del país estaba dividida entre el pasado y el presente. Si el pasado había sido malo, pensaban los jóvenes, el presente era peor y el futuro podía ser calamitoso.

Es extraño, por consiguiente, que Jack Kennedy no se comprometiera con ninguno de estos recién nacidos grupos estudiantiles de protesta. Pero lo cierto es que no lo hizo y, como el historiador James MacGregor Burns señala escuetamente, "lo que el joven Kennedy no hizo en Harvard es más significativo que lo que hizo".

Jack limitó su colaboración a actividades más tradicionales en Harvard. Se destacó en el "Harvard Crimson", el influyente diario estudiantil de la Universidad, se afilió al Club Católico San Pablo y al Hasty Pudding (un club que representa todos los años una comedia musical por todo el país durante las vacaciones de Navidad) y se hizo miembro de uno de los más selectos clubs gastronómicos de la Universidad.

"Jack tenía la habilidad de formar parte de muchos grupos diferentes y de distintas tendencias —así explicaba las actividades de Jack en la vida universitaria uno de sus condiscípulos—. Estaba igualmente a sus anchas con los aficionados al atletismo y con el grupo más intelectual del Crimson. Tenía la facultad de poder participar en una amplia gama de actividades sin verse atado a ningún estrecho grupo".

Jack era querido por sus compañeros de clase y nunca mostró signo alguno de engreimiento por su riqueza y su posición como hijo de una persona famosa. Su compañero de habitación, Torby Macdonald, era hijo de un profesor de segunda enseñanza, pero esta diferencia de medios económicos nunca ejerció influencia en ninguno de los dos muchachos. La verdad es que el cuarto que los dos jóvenes compartían presentaba generalmente un aspecto como si acabara de pasar un ciclón por allí. Tenían la expe-



El Embajador Kennedy y sus dos hijos mayores: Joe Jr. (a su derecha) y Jack (a su izquierda).

ditiva costumbre de ponerse lo primero que veían por la mañana en el montón de ropa. Inevitablemente era una deformada chaqueta de "tweed", un pantalón caqui y unos mocasines.

"Una vez —cuenta muy complacido Macdonald a sus amigos—, Jack estaba cambiándose de ropa para salir y tiraba amontonadas en medio de la habitación las prendas que se quitaba. Le dije que se fijara en lo que hacía, porque estaba dejando el cuarto hecho un baratillo".

"¡No seas remilgado! —me dijo Jack—. ¿Qué crees que hay debajo de las cosas mías que estoy tirando así? ¡Las tuyas!".

"No se volvió a hablar del asunto".

Cuando Jack cumplió sus veintiún años entró en posesión del fideicomiso de un millón de dólares, pero en Harvard nadie se enteró.

En cierta ocasión que él y Torby llevaron a sus amigas a cenar en un restaurante caro de Boston, descubrieron con horror que no podían pagar la cuenta. Jack, hecho ya un millonario, no llevaba un céntimo encima. Su compañero de habitación sólo tenía ocho dólares, que eran insuficientes para salir del apuro. Los dos infelices hubieron de pedir dinero prestado a sus damas para no verse obligados a saldar la cuenta fregando platos.

## Inquietud en Europa

De regreso a Harvard en el otoño de 1938, Jack se pasó el invierno leyendo en los diarios las noticias del sombrío preludio de la guerra que amenazaba a Europa. En septiembre, parte de Checoslovaquia fue entregada a Alemania en un gesto de apaciguamiento del primer ministro británico Neville Chamberlain. Había pocas dudas de que Hitler planeaba conquistar Europa, toda Europa. Los perspicaces hombres de negocios norteamericanos estaban ya abandonando el continente para volver a su tierra, y esto incrementaba, como es natural, el trabajo en las Embajadas de los Estados Unidos en Europa. Leyendo las cartas en las que su padre le hablaba de los problemas con que se enfrentaba el personal de la Embajada, Jack se excitaba más y más. Se desesperaba por no poder contemplar con sus propios ojos la agitación que se extendía por Europa. Después de todo, él estaba estudiando Historia, arte de gobernar y política, y tenía una maravillosa oportunidad de contemplar de cerca los acontecimientos. Reuniendo todas sus razones, convenció a las autoridades de Harvard para que le dejaran pasar en Europa el resto de su segundo curso. En marzo de 1939, mientras las tropas nazis ocupaban

Checoslovaquia, Jack cruzaba el Atlántico para reunirse con su padre.

Era un época excitante. Jack tenía veintidós años, era apuesto, capaz y despierto. Allí, extendido ante su mente curiosa, estaba el cuadro de un mundo que se volvía loco. Encabezando el desfile iba un genio de la locura, Hitler. Y todavía más enloquecedora que él era la idea de que no se podía hacer nada eficaz para detener aquella locura. Dejando aparte la triste realidad de su coste en vidas humanas, la situación era de las que sólo se presentan una vez en la vida a la contemplación de un joven estudiante de Ciencias Políticas como Jack Kennedy. Cuando se reunió con su padre en Londres pudo comprobar alegremente que tendría no sólo una oportunidad de observar la situación, sino también de tomar parte en ella como diplomático.

La llegada de Jack alegró a su padre. Hacía tiempo que el embajador Kennedy se había dado cuenta de que para cumplir satisfactoriamente sus deberes debía informar a Washington de los acontecimientos en Europa con todo detalle. Necesitaba, como se dice en la jerga periodística, buenos sabuesos, periodistas de calle y corresponsales con agudos ojos y oídos. Sus dos hijos Joe y Jack demostraron sus excelentes dotes como corresponsales.

En Londres, en 1939, Jack recibió instrucciones de su padre e inmediatamente se fue a pasar la primavera en París, donde trabajó a las órdenes del embajador William Bullitt. Algunas de sus misiones fueron importantes, mientras que otras eran de mero trámite. Durante la primavera y el verano visitó Polonia, Rusia, Turquía y Palestina.

En el curso de aquellos viajes, Jack envió a su padre extensos informes de todo lo que vio y experimentó. Después de cada escala, el joven escribía y remitía al embajador en Londres un resumen de la situación tal como él la veía. Sus notas contenían puntos de vista sorprendentemente serenos y objetivos sobre los diferentes problemas, y fueron de gran utilidad para el embajador Kennedy.

Con el instinto de un periodista para informar totalmente de una situación, Jack hablaba con representantes de diversos grupos políticos para captar los diferentes aspectos de las cuestiones. Cuando estuvo en Varsovia, por ejemplo, se entrevistó tanto con periodistas como con diplomáticos y, además, con una "infinidad de polacos, ricos y pobres", en un esfuerzo por comprender la disputa entre polacos y alemanes acerca del pequeño territorio fronterizo de Dantzig. Su informe a su padre contenía una firme conclusión: "Probablemente, la impresión más fuerte que he recibido es la de que, con razón o sin ella, los polacos "lucharán" por la cuestión de Dantzig", escribió. No muchos meses después, la opinión de Jack se reveló exacta.

En Rusia, Jack obtuvo una impresión de primera mano sobre la vida comunista. Rusia, un gigante industrial dormido, apenas había empezado a dar sus primeros pasos adelante. Luego el joven Jack recordaría a la Unión Soviética como un "país tosco, atrasado e irremediabilmente burocrático".

Jack visitó también la península de Crimea, donde se embarcó para visitar Estambul. De allí se dirigió a Jerusalén, desde donde envió a su padre un informe sobre la delicada cuestión de las relaciones entre ingleses, árabes y judíos, en el que se manifestaba de acuerdo en lo fundamental con la política británica.

En conjunto, aquella fue una época trascendental para Jack.

Sólo una semana antes de que estallara la guerra, Jack terminó un viaje a Egipto y regresó a Berlín, donde residió en la Embajada de los Estados Unidos.

El teléfono de la Embajada había sido desconectado y todas las bombillas eléctricas habían sido retiradas. De pronto, el encargado de Negocios de Norteamérica, Alex Kirk, rogó al joven Kennedy que le acompañara a un lugar reservado y habló en voz bajísima a Jack, que se inclinaba para estar seguro de que no perdía una sola palabra.

"John —susurró Kirk—, debe llevar este mensaje a su padre. Dígame que se ha fijado ya la fecha en

que empezará la guerra. Los nazis avanzarán tres días después del aniversario de la batalla de Tannenberg, que es el 27 de agosto. Máchese de Alemania ahora mismo, antes de que le localicen".

Jack salió de Berlín inmediatamente, con el secreto guardado en su memoria. Llegó a Londres con el tiempo justo de transmitir el mensaje a su padre. Porque, como Kirk había anunciado, los nazis estaban listos para declarar la guerra. El primero de septiembre de 1939, cinco días después del aniversario de la batalla de Tannenberg, los alemanes invadían implacablemente Polonia.

## Por qué Inglaterra dormía

En septiemzbe de 1939, unas semanas después de que Alemania invadiera Polonia, Jack regresó a Harvard para cursar su último año de carrera. La atención de todo el mundo se centraba en la hirviente caldera de la Europa desgarrada por la guerra. La gira de Jack por las capitales del continente como ayudante de su padre le había proporcionado una clara opinión sobre la crisis europea. Pronto descubrió que se había convertido en una especie de celebridad entre los universitarios de Harvard. "Aquí me consideran casi un adivino", escribió a su padre, que se encontraba aún en Europa.

Pero no fue éste su único descubrimiento. Su observación de Europa en llamas despertó en él un interés inmediato y una verdadera fascinación por las clases de Economía Política. Avidamente se matriculó en los cursos de gobierno y economía como asignaturas adicionales. Escribió editoriales para el "Crimson". Arrastrado por su creciente interés, sus calificaciones subieron a B. Y más importante todavía: se dio cuenta otra vez, y de una manera más intensa, que estirar los músculos de una aguda inteligencia podía ser tan divertido como flexionar los músculos de un cuerpo atlético. En pocas palabras, estaba aprendiendo. Y era para él un sentimiento estimulante percibir la fuerza y la percepción con que su cerebro podía aplicarse a un problema. Por primera vez en su vida, Jack estaba progresando de verdad en sus estudios. Con entusiasmo, se sumergió más profundamente en las complicaciones de su mundo intelectual.

Sus notas, cada vez más altas, le capacitaron para intentar graduarse con honores en Ciencias Políticas. Para poder optar a la graduación con honores, Jack hubo de escribir una extensa tesis. Se titulaba "Apaciguamiento en Munich", y era un estudio de aquel error capital de política exterior que había conducido a Inglaterra y a toda Europa a una sangrienta guerra.

Durante sus viajes por Europa, Jack había quedado fuertemente impresionado por las críticas contra Neville Chamberlain, el primer ministro británico. Fue Chamberlain el que se entrevistó en Munich con Hitler en 1938 y el que permitió a los nazis apoderarse de Checoslovaquia sin oposición alguna. La acción de Chamberlain evitó una inmediata guerra en Europa, pero apaciguando a Hitler dio a los alemanes una fuerza todavía mayor. Era evidente que aquella fuerza se volvería pronto y furiosamente contra Inglaterra.

Jack estudió el problema durante meses. Leyó viejos debates parlamentarios, minutas del Foreign Office y comentarios de la prensa británica. Finalmente redactó su tesis.

Al principio, la tesis de Jack se consideró como un mero trabajo de estudiante universitario. Empleaba palabras grandilocuentes y había fallos en su plan. Pero aunque el trabajo era débil en ciertos aspectos, en otros tenía insospechada fuerza e impacto. Kennedy era absolutamente imparcial cuando describía la crisis que se estaba desarrollando en Europa. Del mismo modo que opera un médico intentando hallar un tumor canceroso situado profundamente en el cuerpo del enfermo, Jack sondeaba la situación.

Con el mismo tono de imparcialidad, Kennedy presentaba su propio argumento. Trazaba analíticamente la fría reacción británica al rearme de Alemania. Afirmaba que fueron los grupos pacifistas, los

industriales preocupados sólo por sus intereses y los mezquinos partidos políticos los que motivaron que Inglaterra, en general, ignorase el amenazador desafío que venía del otro lado del Canal de la Mancha. Jack opinaba que el mundo había reaccionado con excesivo apasionamiento ante los problemas de Munich para poder ver la cuestión claramente. Chamberlain no cedió en Munich porque temiera al Ejército alemán. Fueron las fuerzas que había detrás de Chamberlain —la general apatía, la preocupación por el provecho y la seguridad, el pacifismo— las que forzaron a Chamberlain a hacer lo que hizo... "los que critican (a Chamberlain) —escribía Jack— han estado disparando sobre un blanco equivocado. El pacto de Munich en sí mismo no debe ser el objeto de las críticas, sino más bien los factores subyacentes, tales como el estado de la opinión inglesa y la situación de los armamentos británicos, que hicieron la rendición inevitable".

Uno de los puntos más inquietantes de la tesis de Jack era aquel en que afirmaba que las naciones democráticas, como Inglaterra y los Estados Unidos, no podrían hacer frente a las duras exigencias de la guerra sin convertirse a su vez en Estados totalitarios. Un Gobierno democrático, sujeto a la voluntad del pueblo, se mueve despacio. La falta de fuerza de la Inglaterra de entonces daba peso a su argumento. Como contraste, la rápida fuerza del nazismo, que exigió la máxima e inmediata acción de la industria alemana, pudo construir una ingente máquina de guerra en poco tiempo. Era un juicio desapasionado.

Además, el joven Jack veía el reto con que se enfrentaban los Estados Unidos. Norteamérica debía rearmarse tan rápidamente como fuera posible, declaraba, si tenemos que salvar la democracia americana. América sólo podía salvarse por la fuerza y no debía permitirse a sí misma el caer en la trampa de la apatía que casi había estrangulado a Inglaterra. A través de toda la obra de Jack se traslucía el tema del sacrificio ciudadano. El pueblo en la democracia debe ayudar voluntariamente al Gobierno durante los tiempos de crisis: debe pensar en lo que puede hacer "por" el Gobierno en vez de pensar en recibir "del" Gobierno. Veinte años después, Jack volvería a interpretar este tema en tono mayor, en un intento de reagrupar al pueblo norteamericano en otra época de crisis.

Al iniciarse la primavera de 1940, al mismo tiempo que Jack entregaba su tesis para que fuera calificada por los profesores de Harvard, los acontecimientos de Europa demostraban la exactitud de muchos de sus argumentos. El moderno Ejército alemán, equipado con tanques nuevos y bombarderos en picado, barría una Europa mal preparada, como una guadaña mortal.

Aparentemente nada podía resistir el avance de la horda nazi. Holanda y Bélgica se derrumbaron a los primeros golpes. Francia, con su Línea Maginot —la pretendida defensa perfecta—, iba a ser la víctima siguiente. Aquel vasto dispositivo francés de casamatas de cemento erizadas de cañones de gran calibre y ametralladoras y enlazadas por túneles subterráneos por los que enteros batallones podían marchar según las necesidades del momento, cayó como fácil presa del Ejército alemán mecanizado. Los carros de combate alemanes rebasaron el flanco del sistema defensivo francés y las ametralladoras y cañones franceses, preparados para combatir contra un enemigo que atacase de frente, fueron flanqueados, desarticulados y reducidos a la impotencia. Se derrumbó la confianza de los franceses en su soberbio Ejército. Y Francia se rindió a Alemania.

Sólo Inglaterra seguía luchando. El Ejército británico fue acorralado contra el mar en Dunkerque. Millares de embarcaciones —vaporcitos para excursionistas, transbordadores, barcas de vela y yates de placer— zarparon de Inglaterra para salvar a los soldados ingleses de una completa aniquilación. Milagrosamente, la operación de salvamento tuvo éxito y el Ejército británico fue conservado para luchar en otra ocasión.

La suerte de Inglaterra era dudosa. El peligro era tan grande que a veces parecía como si ella tam-

bién fuese que sucumbir. Sólo el indomable espíritu británico, estimulado y enaltecido por Winston Churchill, mantenía a Inglaterra viva en su momento de crisis.

Y así, mientras Jack Kennedy se graduaba en Harvard con toda la pompa y espectacularidad tradicionales en los fines de curso de aquella Universidad, Europa estaba en llamas. La tesis de Jack, que describía el trasfondo político de la conflagración, fue bien recibida. Se graduó "cum laude" en Ciencias Políticas y su tesis fue declarada "magna cum laude". "Dos cosas he sabido siempre acerca de ti —le telegrafaba el embajador Kennedy muy orgulloso—: la primera, que eres listo; la segunda, que eres un chico estupendo. Con cariño. Papá".

A primeros de aquel año, animado por la buena recepción que había tenido su tesis, Jack intentó que alguna editorial se la publicara. El embajador Kennedy estuvo de acuerdo en que tal publicación sería aconsejable, y a partir de entonces se cruzó una voluminosa correspondencia entre padre e hijo acerca de algunos puntos.

El padre creía que, en ciertos aspectos, Jack había ido demasiado lejos al librar de responsabilidad a los políticos ingleses por la debilidad de su nación en tiempos del pacto de Munich. Con una buena dosis de sinceridad, el embajador decía que, aunque Jack podía censurar al pueblo británico en general por no preocuparse, no podía absolver a los políticos de "toda" la responsabilidad. Después de todo, afirmaba el embajador, un político debe hacer algo más que limitarse a escuchar los pensamientos del pueblo. "El político, se supone que ha de cuidar del bienestar nacional —escribía a Jack— y ha de intentar educar al pueblo"... Jack aceptó muchos de los consejos de su padre cuando redactó de nuevo la tesis para publicarla en forma de libro.

Si algunas de las líneas maestras de pensamiento fueron aportadas por el embajador, la mayoría de ellas eran de la cosecha del joven Jack, quien implacablemente aplicaba sus enseñanzas a su país. "Decir que la democracia se ha despertado por los acontecimientos de las últimas semanas no es suficiente —escribe Jack—. Cualquiera persona se despertaría si su casa estuviera ardiendo. Lo que necesitamos es una guardia armada que despierte al primer disparo o, mejor, que no permita que haya disparo alguno".

"Debemos aprovechar la lección de Inglaterra y hacer que nuestra democracia funcione. Necesitamos que funcione bien ahora. Cualquier sistema de gobierno funciona cuando todo va bien. Pero es el sistema que funciona en los momentos de apuro el que sobrevive".

Las palabras eran imperiosas y su significado implicaba una mesurada invitación a la prisa. El tema era de actualidad y Jack disponía de observaciones de primera mano para apoyarlo. El mensaje era claro para todos los que lo leyeron. Los Estados Unidos iban hacia la guerra. Probablemente no se podría evitar la tragedia. Pero las causas de la guerra, la blandura y la laxitud del Gobierno británico, debían ser comprendidas y había que precaverse contra ellas en el futuro.

Jack tituló su libro "Por qué dormía Inglaterra". Fue un éxito inmediato y se situó de la noche a la mañana en la lista de libros más vendidos. Era una verdadera hazaña para el primer libro de un autor de veintitrés años. El embajador Kennedy envió ejemplares a la reina de Inglaterra, al primer ministro Churchill y al antiguo maestro de Economía de su hijo, profesor Laski. En una carta, el embajador decía a su hijo: "Verás con sorpresa que un libro que causa verdadero impacto entre la gente importante te situará en magnífica posición en los años por venir... "No hay duda que te has hecho mucho bien a ti mismo".

Si Jack Kennedy estaba haciéndose mucho bien a sí mismo, como escribía su padre, no podía decirse otro tanto de éste en relación con su propia carrera. El embajador Kennedy, expuesto entonces al brutal bombardeo de Londres por los alemanes, reforzó su

actitud contraria a la entrada de Norteamérica en la guerra.

"Si ustedes estuvieran tan cerca de la guerra como yo —dijo a los periodistas—, si ustedes pudieran ver lo que las bombas han hecho a Londres y a las gentes que han tenido que permanecer en la ciudad, comprenderán por qué digo que ésta no es nuestra guerra".

En mensaje tras mensaje enviados al presidente Roosevelt, el embajador Kennedy repetía sus opiniones. Norteamérica debía abstenerse de entrar en el conflicto y debía armarse para su propia defensa.

El embajador Kennedy creía que gran parte de Europa caería bajo el régimen comunista. En esta predicción demostró que estaba en lo cierto. Mientras contemplaba cómo el "blitz" alemán aplastaba a Londres, decía al Presidente que sería inútil ayudar a Inglaterra. Su causa, en su opinión, estaba perdida. Fue una de las pocas ocasiones de su vida en que Joseph P. Kennedy estuvo completamente equivocado.

No mucho después de la aparición del libro de Jack, los puntos de vista del embajador Kennedy acerca de la situación inglesa fueron publicados en un diario de Boston. En una entrevista que creyó no destinada a la publicación, habló francamente de sus temores sobre el futuro de la democracia en Inglaterra. Cuando la entrevista fue recogida por los periódicos de todo el mundo, la utilidad del embajador Kennedy como representante diplomático estaba destruida. No podía hacer otra cosa sino dimitir. Y esto fue lo que hizo.

## La calma antes de la tempestad

En el verano de 1940, cuando el mundo se dirigía irrevocablemente hacia el desastre, los Kennedy parecían deseosos de apurar los últimos meses de paz. Instintivamente se daban cuenta de que aquello era el fin de la niñez dorada de una fabulosa familia y, al mismo tiempo, el fin de la niñez dorada de una fabulosa nación. Dentro de unos meses, la familia y la nación tomarían los arreos de la guerra, no como niños, sino como adultos, resueltos a cumplir su misión. El triunfo en la guerra, sin embargo, no suponía para ellos un retorno a la niñez: era un mundo complejo, acosado, cruel y adulto el que esperaba a los Kennedy y a Norteamérica al otro lado del arco iris de 1945.

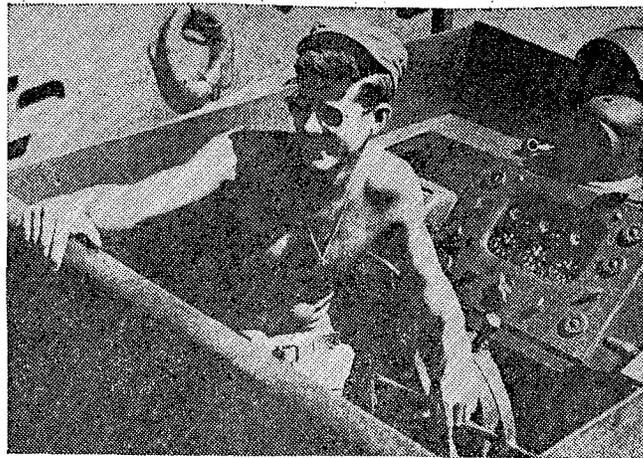
En aquellos días de 1940 rivalizaban fieramente en Hyannis Port en fútbol, en tenis, en navegación a vela, en todo. Y siempre, a medida que los Kennedy luchaban, crecían colectiva e individualmente. Se transmitían el uno al otro la fuerza y la confianza que necesitarían en los años siguientes. Mientras se perrechaban para un incierto futuro, casi se podía percibir el pensamiento que se ocultaba bajo el vigor y vitalidad de los Kennedy: "por ahora es bueno estar vivos".

El magistrado William O. Douglas, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, describía la apiñada vida de los Kennedy de esta manera:

"La mayor parte de los jóvenes, cuando crecen, buscan su principal estímulo y sus principales intereses fuera del hogar, pero los Kennedy encontraron estas cosas en su propio círculo de familia... Era un hogar estimulante, un sitio donde se estaba bien, lleno de diversiones y juegos y de encantadora conversación. Era difícil para ellos encontrar algo tan fascinante fuera de casa. Por esto están tan unidos unos a otros y tan confiados".

Más tarde, Joseph E. Dineen, un veterano periodista político de Boston, diría de los Kennedy lo siguiente:

"Los hijos e hijas de Joseph P. Kennedy no están interesados en el dinero "per se". Cada uno de ellos es millonario, su padre cuidó de esto hace años, cuando estableció los fideicomisos a sus nombres. Fueron preparados desde la niñez para las funciones públicas, y su confesado y decidido propósito es hacer el mayor bien posible con su dinero mientras ellos es-



Al timón de la lancha torpedera PT-109.

tén aquí. Un Kennedy no puede medir su éxito por la cantidad de dinero que gana. La única medida válida en la familia es: "¿Qué has realizado?".

El idílico verano acabó demasiado pronto. Cuando llegó el verano siguiente, Joe se había alistado en la Marina como cadete de aviación.

Jack, que había proyectado continuar sus estudios en la facultad de Derecho de Yale, cambió de idea y se marchó a la costa occidental para estudiar la técnica de la dirección de empresas en la universidad de Stanford durante seis meses. Luego, deseoso de volver a viajar, realizó un largo periplo por América del Sur. Cuando regresó, la guerra se estaba aproximando a Norteamérica y Jack Kennedy se dispuso a alistarse en las fuerzas armadas.

Significativamente, mientras Joe había entrado con facilidad en la Marina, Jack hubo de superar un obstáculo de categoría antes de poder hacerlo. Mas para Jack, como característica propia, un obstáculo era sólo algo para ser vencido.

Primeramente quiso alistarse en la Aviación, pero sabía que la lesión en la espalda que había sufrido jugando al fútbol americano en Harvard le descalificaría. Luego quiso entrar en el Ejército, pero fue rechazado porque los médicos creyeron que su espalda no podría resistir la tensión a que está sometido un combatiente de Infantería.

Para un Kennedy, verse imposibilitado de aceptar un desafío por insuficiencia física fue una amarga experiencia. Bajo la dirección de monitores de preparación física, Jack pasó cinco meses de rigurosos ejercicios para fortificar su espalda. Finalmente, obtuvo un destino en la Marina.

Al principio, Jack fue asignado a un puesto en el servicio de información, que consistía en estar sentado detrás de una mesa en Washington. Y estar detrás de una mesa en Washington no correspondía a la idea que se había hecho Jack acerca de cómo debe lucharse en una guerra. Puso en juego toda su influencia —y la de su padre— para lograr que le designaran a un puesto de combate.

A fines de 1942, Jack vio realizada su ambición cuando se le designó para seguir un curso de instrucción en la Escuela de Lanchas Torpederas de Patrulla. Durante seis meses aprendió todos los problemas relativos al manejo de uno de esos acometedores y peligrosos barquichuelos.

Nada podía haber sometido su lesionada espalda a una prueba más dura. Las endeble embarcaciones —que en lo relativo a la protección confiaban antes en la velocidad que en el blindaje— cruzaban las olas a velocidades de cincuenta millas por hora, sacudiendo, zarandeando y descoyuntando a sus tripulaciones con fuerza implacable.

En la escuela de lanchas PT, el joven Jack representaba una fuente de confusión para sus compañeros los oficiales. Medía seis pies de altura, pero era fla-

co como un palillo y rápidamente se ganó el apodo de "Shafly" por su ligera constitución física. Su pelo, castaño, caído sobre la frente, le daba un aspecto extremadamente juvenil, pues representaba mucho menos de los veinticinco años que tenía. Varias veces, cuando vestía de paisano, le confundieron con el hijo de algún oficial o le tomaban por un nuevo tipo de recluta. En ocasiones, el error lo cometían personas que luego se enteraban, muy a su pesar, de que el joven Kennedy iba a ser su instructor en la técnica de manejar lanchas PT.

Si Jack tenía dificultades para dárse las de lobo de mar ante sus compañeros de la Marina mientras

estaban en tierra, en cambio no tenía ninguna cuando las embarcaciones se hacían a la mar. Cuando se aproximaba el fin de su período de instrucción, sus superiores le calificaron como casi perfecto en el mando de los barcos y "muy animoso y consciente".

A primeros de 1943, Jack embarcó en San Francisco para unirse al gran asalto por tierra, mar y aire contra el Japón, que se estaba preparando en el Pacífico meridional. Jack fue destinado a una base situada en la isla de Rendowa, al Sur de Nueva Georgia. Pronto fue nombrado comandante de su lancha, la "PT-109", teniendo a su mando dos oficiales y diez hombres de tripulación.

## GUERRA

### El sabor de la muerte

La "PT-109" se enfrentó con un duro servicio. Su comandante, el subteniente John F. Kennedy, la condujo a lo largo y a lo ancho de las aguas de las islas Salomón, hundiendo embarcaciones de desembarco japonesas y castigando las instalaciones costeras. Era un servicio peligroso, pero el hábil mando de Kennedy sobre aquella lancha de 25 metros de eslora hizo que la tripulación casi creyera que su débil buque era indestructible.

Por agosto de 1943, Kennedy había pilotado la "PT-109" en treinta misiones de combate, y él y su flotilla tomaron parte en el contraataque norteamericano contra las fuerzas japonesas atrincheradas alrededor de la isla de Nueva Georgia, en el Pacífico meridional. La lancha había participado en fieros combates, haciendo frecuentes equilibrios sobre el delgado filo que separa el peligro de la muerte, pero Kennedy, su tripulación y la "PT-109" habían salido indemnes.

La misión número treinta y uno fue diferente. Kennedy estaba al timón de la lancha, en el pequeño puente abierto situado cerca de la proa. Para que el movimiento de la lancha fuera silencioso, la máquina central de la "PT-109" marchaba a poca velocidad, las otras dos máquinas estaban en punto muerto. Todos los tripulantes se hallaban en sus puestos de combate, forzando sus ojos en busca de objetivos enemigos escondidos en la cerrada negrura de la noche.

Muy cerca, aunque el subteniente Kennedy y sus hombres no se habían dado cuenta, estaba el destructor "Amagiri", de la Marina imperial japonesa. En el puente del destructor, el capitán Kohei Hanami también escuchaba las tinieblas de la noche. Su buque había sido acosado todo el día por los aviones norteamericanos y ahora el capitán estaba preocupado por las omnipresentes lanchas PT norteamericanas. De pronto, Hanami vio una lancha PT moviéndose lentamente a menos de media milla de distancia.

—¡Diez grados a estribor! —gritó Hanami al timonel, y el destructor viró ligeramente a la derecha.

En la lancha PT, el comandante Kennedy y su tripulación maldecían la negra noche que ocultaba al enemigo a sus ojos. De pronto, un vigía gritó:

—¡Buque a las dos! (O sea, 60 grados a estribor).

Kennedy, sobresaltado, vio el rápido y siniestro destructor precipitándose sobre su lancha.

Apretó el botón de alarma general y exclamó:

—¡Toca zafarrancho de combate!

Al mismo tiempo, Kennedy hizo señal al maquinista para que pusiera a toda velocidad adelante los dos motores parados. A proa, el alférez George Ross, que había estado escrutando las tinieblas con unos gemelos nocturnos, intentó febrilmente cargar una granada en el cañón de treinta milímetros que la tripulación había montado allí de manera provisional sobre un fuerte madero. Ross consiguió introducir la granada en el cañón, pero ya no pudo cerrar la recámara.

A treinta nudos, el destructor abordó la frágil es-

tructura de la lancha PT, la cortó limpiamente en dos y siguió adelante sin reducir la marcha. La "PT-109" se partió con un aterrador ruido de desvencijamiento y estalló en llamas.

Kennedy y el radiotelegrafista John Maguire fueron derribados sobre la cubierta de la lancha con fuerza formidable, y Maguire pudo oír a Jack que jadeaba a causa del dolor del golpe.

El destructor continuó su marcha adelante y desapareció en la negra noche. El capitán Hanami ordenó a las dotaciones de sus cañones que disparasen unas granadas sobre el buque naufragado, pero se desistió al ver que la lancha estaba ya en llamas por el incendio de la gasolina de alto octanaje que empleaban las máquinas de la lancha PT. La destrucción de la embarcación era completa. No debía de haber supervivientes, pensaron. Y también el joven Jack, cuando cayó sobre la cubierta, pensó: "Este es el sabor de la muerte".

Pero hubo supervivientes. Afortunadamente, la mitad de la lancha donde estaba Kennedy no se hundió en seguida. Cuando recuperó el aliento, Jack empezó a contar los supervivientes y vio que cuatro miembros de la tripulación estaban aferrados a los restos del naufragio. Gritó para saber si había vivo alguien más y oyó voces de contestación procedentes de otros seis hombres que flotaban en las aguas próximas. Uno de ellos, el maquinista Pat McMahon, había salido a la superficie entre las llamas, y su cara, manos y brazos habían sufrido graves quemaduras. Otro superviviente, el artillero Charles Harris, estaba junto a McMahon e intentaba ayudarlo. Pero Harris había resultado herido en una pierna a consecuencia del golpe y no podía moverla con la suficiente fuerza para nadar.

Harris gritó a Kennedy:

—¡Comandante! ¡Comandante! McMahon tiene graves quemaduras. ¿Puede usted echarle una mano?

Kennedy se lanzó rápidamente al agua y llegó en un par de minutos hasta donde estaban los dos hombres. Aferrando a McMahon, le remolcó hasta la parte de la PT que todavía flotaba, y los demás hombres subieron el herido a bordo. Luego Kennedy volvió a nadar para recoger a Harris.

Cuando llegó otra vez junto a Harris, Kennedy le sostuvo a flote mientras quitaba al herido su pesado jersey y sus zapatos. Luego le ayudó a endosarse de nuevo su chaleco salvavidas y empezó a empujarle hacia los restos de la lancha.

Para la pierna herida de Harris comenzó a envararse y el hombre no podía nadar.

—Comandante —dijo—, no puedo nadar, me es imposible.

—Inténtelo —replicó Kennedy.

—No puedo ir más lejos —protestó Harris.

Kennedy le miró y dijo:

—Para ser de Boston está usted echándole mucho cuento a la cosa, Harris.

Harris intentó nadar y Kennedy le ayudó en su marcha. Pero les costó a los dos hombres una hora alcanzar el casco partido, porque éste derivaba empujado por la corriente y el viento.

La parte delantera de la "PT-109" tenía comparti-

mientos estancos que la conservaron a flote, y los once supervivientes estaban tendidos sobre aquel pecio, aturdidos y atemorizados. McMahon empezó a dolerse de sus quemaduras y Bill Johnston, otro maquinista, sufría náuseas por haber tragado mucha gasolina.

La situación era desesperada. Aquellos hombres no tenían víveres ni agua ni, lo peor de todo, medicamentos. El cielo ardía al Norte con los incendios de la guerra, pero en aquella negra franja de mar no se veían posibilidades de un rápido salvamento.

Lentamente se fue disipando la noche. Cuando las primeras luces grises de la incierta aurora mostraron que no había indicios de auxilio, les invadió la desalentadora idea de que debían de haberles dado por desaparecidos en combate.

La embarcación comenzó a escorar y a hundirse más profundamente en el agua. Por el Nordeste, Sur y Oeste había islas llenas de fieros soldados japoneses, entrenados para la lucha en la selva, que no mostrarían piedad hacia los norteamericanos.

¿Qué podían hacer ahora? La pregunta se formulaba con la mayor intensidad en la mente de Kennedy. La responsabilidad de salvar a su tripulación pesaba fuertemente sobre él.

—¿Qué desean ustedes hacer si los japoneses vienen sobre nosotros? —preguntó Jack a sus compañeros—. ¿Rendirse o luchar?

—¿Luchar, con qué? —preguntó uno de los hombres.

Era una pregunta difícil de contestar.

La tripulación sólo había podido salvar una metralleta Thompson, seis pistolas automáticas del calibre 45 y un revólver del 38. No eran muchas armas si había que luchar.

—Bien, ¿qué quieren hacer? —preguntó Kennedy otra vez.

—Lo que usted diga, mi subteniente —dijo alguien—. Usted es el jefe.

Kennedy meditó durante unos minutos y luego preguntó de nuevo las opiniones de la tripulación. Pero la discusión condujo a un debate acalorado y Kennedy se dio cuenta de que tendría que tomar él las decisiones que fueran necesarias.

El fragmento de casco en el que estaban tendidos se hundía ahora más rápidamente y Jack ordenó que todos, menos los heridos, se sumergieran en el agua. Luego el casco volvió la quilla al aire y Kennedy consideró que sería preferible abandonarlo y nadar hasta un islote que se divisaba a unas tres millas hacia el Sudeste.

Los naufragos estaban entonces a una milla de distancia de una gran isla ocupada por los japoneses y podían ver un campamento militar lleno de camiones y soldados. Por consiguiente, cuando Kennedy declaró que estaban derivando hacia aquella tierra, los hombres abandonaron sus refugio sin pensarlo dos veces.

Kennedy adoptó su decisión acerca de la necesidad de nadar para salvarse como la cosa más natural del mundo.

—Vamos al islote —dijo serenamente—. Tendremos que nadar para alcanzarlo. Que todo el mundo se agarre al madero. Yo me cuidaré de McMahon.

Cuando todos los naufragos se hubieron despedido del casco partido, Kennedy enganchó dos largas correas al chaleco salvavidas de McMahon, puso sus extremos entre sus dientes y empezó a nadar remolcando al herido.

Transcurrió una hora. Kennedy nadaba delante de los otros hombres aferrados al grueso madero que había servido para montar el cañón de 37 milímetros sobre cubierta. De vez en cuando, el comandante tenía que detenerse para recuperar el aliento y escupir el agua que había tragado. Luego se ponía de nuevo en movimiento para detenerse al cabo de un rato, volver a nadar y pararse otra vez mientras preguntaba:

—¿Cómo está usted, McMahon?

Con lentitud desesperante el grupo avanzó oblicuamente hacia el islote. Después de cinco horas de continuo nadar, alcanzaron tierra. Kennedy ayudó

a McMahon a pasar sobre los arrecifes de coral, cuyas aristas produjeron hondos cortes a los dos herido al que había salvado se derrumbaron sobre la arena. En total, Kennedy había pasado en el agua tres. Finalmente, el joven comandante y el marinero casi quince horas seguidas.

Los supervivientes de la PT-109 se arrastraron sobre el atolón barrido por el viento y se tumbaron exhaustos bajo las palmeras. El crepúsculo caía y Kennedy quería volver a sumergirse en el canal para hacer señales a alguna lancha torpedera que pudiera cruzarlo en servicio de patrulla.

Kennedy explicó a la tripulación que las lanchas de su flotilla utilizarían el paso de Ferguson —situado sólo unas millas más allá de un islote próximo— y que él había proyectado nadar hasta el centro del paso. Una vez allí, sosteniéndose sobre el agua por el sistema de "hacer la bicicleta" (1), lanzaría señales luminosas en demanda de socorro.

Sin decir una palabra más, Jack tomó la linterna de la lancha, se endosó un chaleco salvavidas, se ató el revólver del 38 al cuello y se dirigió al agua arrastrando penosamente los pies.

A la luz del ocaso nadó hacia el arrecife. De pronto notó que un gran pez pasaba sólo a unos metros de distancia.

¿Qué pensamientos debieron de cruzar por la cansada mente de Kennedy? ¿Qué dominio de sí mismo había de tener en aquella situación una persona que conocía las terribles historias que se cuentan de esos peces, las barracudas en forma de torpedo, que se deslizan bajo los hombres para cortarles las piernas a mordiscos?

Sin embargo, continuó su natación solitaria. Finalmente, se adentró en el paso de Ferguson. Allí, aterido y entumecido, hizo "la bicicleta" y balanceó la linterna con la esperanza de recibir socorro.

Pero ninguna lancha se presentó en el canal. Desanimado, y habiendo llegado al mismo límite de su resistencia, Kennedy emprendió el viaje de regreso.

Entonces descubrió que la corriente le era contraria y cada vez más intensa. Le pareció que la voluntad le abandonaba, su mente empezó a extraviarse, y derivó llevado por la corriente en estado casi de inconsciencia, sostenido a flote sólo por su chaleco salvavidas, pero todavía empuñaba la pesada linterna, que era su único medio para entrar en contacto con otros hombres vivos.

Entre tanto, en tierra, los hombres de Kennedy estaban preocupados por su comandante. Sabían los peligros que estaba afrontando en el canal y nadie se atrevía a hablar de ellos. Pero conservaban la esperanza de volverle a ver.

Los hombres establecieron turnos en espera de su regreso. Según el plan de Kennedy, si encontraba un barco, transmitiría con la linterna la señal "Roger". La tripulación le devolvería la señal "Wilco".

Pero cuando Kennedy vio que iba a pasar cerca de la isla, llevado por la corriente, dirigió la luz de la linterna una vez hacia sus hombres y gritó: "¡Roger, Roger!". Los hombres se encaramaron sobre el arrecife en un vano intento de recogerle cuando pasara impotente, llevado por las aguas.

La corriente arrastró a Kennedy toda la noche, describiendo amplios círculos y llevándole a la deriva como un madero junto a unas islas, situadas al Norte y al Este, ocupadas por los japoneses. Y como un niño juguetero, le dejó libre de su abrazo a la mañana siguiente casi en el mismo sitio del paso de Ferguson donde le había capturado doce horas antes.

Una vez más, Kennedy se dirigió hacia tierra. Encaminándose hacia el arrecife, siguió su marcha a través del cortante coral, rasgándose los pies en la afilada y venenosa roca. Finalmente, se abrió paso hasta la isla, se arrastró por la pendiente de la playa sobre sus manos y pies, vomitando a causa del ago-

(1) "Hacer la bicicleta" en natación, consiste en nadar en posición vertical, con la cabeza fuera del agua y moviendo los pies, como si se marchara en bicicleta o se pisara el agua.

tamiento y del agua que había ingerido durante la noche. Cuando sus hombres le rodearon, Kennedy miró desde el suelo a su tercer oficial, el alférez George Ross, y dijo:

—Perfectamente, a usted le toca esta noche.

Y se desmayó.

De vuelta a su base, la flotilla de Kennedy había perdido todas las esperanzas de hallar a los 13 hombres de la PT-109. En realidad, no estaba programada la participación de la lancha en aquel servicio de patrulla. Pero un ataque aéreo realizado por los japoneses aquella tarde había inutilizado otras lanchas de la flotilla, y Kennedy y su tripulación, que iban a disfrutar de un día de permiso, tuvieron de pronto que volver a entrar en servicio.

En un solemne acto, los hombres de la base se reunieron para celebrar un servicio fúnebre en memoria de los hombres de la PT-109 supuestamente perdidos en la acción. Un oficial escribió una carta a la madre de uno de los compañeros de tripulación de Kennedy diciéndole que su hijo había muerto por una causa que consideraba "más importante que cualquiera de nosotros". La carta continuaba diciendo que el joven Kennedy, hijo del ex-embajador en Inglaterra, había perdido la vida en la misma operación.

## Los indígenas ayudan

Aquella noche, el alférez Ross nadó hasta el estrecho de Ferguson para acechar el paso de alguna lancha torpedera, como su comandante lo había hecho la noche previa. Pero su suerte fue tan mala como la de Kennedy.

En tierra, los hombres comenzaban a sufrir terriblemente de sed. No había agua dulce en la isla, ni siquiera cocos que se pudieran romper para beber su azucarada leche. Kennedy pasó despierto la mayor parte de la noche, enfermo y helado, preocupado del futuro.

Por la mañana, cuando Ross regresó, Kennedy decidió llevar a sus hombres a una isla más próxima al paso de Ferguson y donde tuvieran mejores posibilidades de ser salvados. Pensaba en un lugar algo mayor y con más árboles. Una vez más, el pequeño y cansado grupo se puso en marcha. Kennedy iba el primero, remolcando a McMahan por las correas del chaleco salvavidas, como hizo el primer día de su aventura. Los otros hombres se agruparon alrededor del grueso madero y empezaron otra vez a nadar.

McMahan estaba aún vivo. Pero sus quemaduras empezaban a enconarse y mostraban el inflamado aspecto que acompaña a la infección.

También Kennedy se hallaba en mal estado por entonces. Nadaba en cabeza, lenta y penosamente, como en una película tomada con cámara lenta. Sus pies estaban llenos de rasguños y terriblemente hinchados a causa de los cortes producidos por el coral, y de vez en cuando tenía que dejar de nadar para vomitar, pues sentía náuseas debidas al efecto del agua salada que estaba tragando.

Tres horas después, la macilenta tripulación llegó al fin a la nueva isla, y los hombres se arrastraron hasta tierra firme, donde les saludó el espectáculo de los coños maduros caídos sobre la arena. Rápidamente rompieron las cortezas y bebieron con avidez la deliciosa leche. Y con la misma rapidez, sus estómagos, que llevaban tres días sin recibir alimento alguno, se rebelaron contra la rica leche de coco, provocando, en los hombres, fuertes convulsiones estomacales. Algunos tenían tanta hambre que intentaron comer caracoles crudos, pero su sabor era tan horrible que el experimento acabó en seguida.

Aquella noche llovió a torrentes, y los hombres, en su delirio por beber agua fresca, lamían la que corría por los troncos y las hojas de los árboles. Pero a la siguiente mañana descubrieron la causa de que el agua de lluvia, que debía haber sabido dulce, tuviera un sabor tan amargo. La isla había sido utilizada como criadero por las aves, y toda la vegetación estaba cubierta por sus excrementos. Fastidiados, los hombres llamaron a aquel lugar la Isla de las Aves.

Aquella mañana inició el cuarto día de naufragio de los hombres de Kennedy. Las esperanzas de ser salvados estaban disipándose, y uno de los hombres, viendo el rosario que llevaba otro de la tripulación, le dijo:

—Maguire, da otra pasada a ese collar.

Maguire pasó sus dedos por las cuentas del rosario.

—Sí —dijo—, os tendré en cuenta a todos, muchachos.

No había aún indicios de buques o aviones norteamericanos. Un transporte japonés dio la vuelta lentamente al atolón, sin ver a los norteamericanos, ocultos entre la maleza. Los aviones japoneses volaban continuamente sobre la isla, pero los hombres se escondían de tal manera que los aviadores enemigos no pudieron localizarlos.

Kennedy meditaba en el futuro. Había estado contemplando otra isla, llamada Nauru, situada junto al paso, y decidió trasladarse a nado hasta ella. Su única esperanza era establecer una base lo más cerca posible del paso de Ferguson y desde ella hacer señales a alguna embarcación norteamericana.

Escogió al alférez Ross para acompañarle, y ambos iniciaron a nado la travesía de media milla hasta la isla de Nauru. Avanzando pulgada a pulgada, mientras sus músculos protestaban a cada momento del viaje, los dos hombres necesitaron más de una hora para alcanzar su destino. Una nueva playa de coral desgarró profundamente los pies de Ross y Kennedy, mientras cruzaban la isla medio caminando, medio arrastrándose. Esperaban a cada instante encontrar una patrulla de soldados japoneses.

Pero en vez de encontrar la isla ocupada por los enemigos, Ross y Kennedy descubrieron sólo los restos abandonados de una lancha de desembarco japonesa que había naufragado allí. Buscando en el casco encontraron un barril de agua y algunas galletas rancias de munición. Los dos se dieron un banquete con el primer alimento de verdad que habían tomado desde que naufragó la PT-109.

Otra vez los hombres permanecieron despiertos toda la noche vigilando las aguas por si pasaba alguna lancha norteamericana. Y otra vez los buques no se dejaron ver.

A la mañana siguiente, Kennedy recorrió la isla y encontró una canoa hecha con un tronco vaciado, capaz para un solo hombre, oculta por algún grupo de nativos bajo las palmeras. Encantado con el descubrimiento, remó en la canoa hasta el paso aquella noche, pero, una vez más, no pudo encontrar ningún buque de salvamento.

Abrumado por la mala suerte, Kennedy remó en solitario hasta la isla donde estaba escondido el resto de sus hombres, llevándoles como un magnífico regalo el barrilito de agua y las galletas de munición.

Pero al volver a Nauru, Kennedy se encontró metido en nuevos apuros. De pronto, su débil embarcación zozobró ante la embestida de una súbita tormenta tropical, y Jack se encontró solo en medio del chubasco. Afortunadamente, un grupo de indígenas amigos que pasaban por allí en su canoa de guerra divisaron al joven comandante que luchaba contra las olas, le recogieron y le llevaron a Nauru. Cuando Ross, desde su escondite en la isla, vio que los primitivos indígenas, que lucían huesos afilados atravesándoles las narices, transportaban a Jack hasta la tierra firme, creyó que su comandante estaba moribundo; tan malo era su aspecto.

Durante largo rato, Kennedy y Ross intentaron hablar con los indígenas en el inglés chapurreado que se emplea en China, y que es también el lenguaje universal en el Sur del Pacífico, pero fue inútil. Los indígenas no comprendían. "Rendowa, Rendowa, Rendowa", decían continuamente los dos naufragos. "Americanos, americanos, americanos".

Al fin, Kennedy cogió una corteza lisa de coco y garrapateó en ella con su cortaplumas el siguiente mensaje:

"Once supervivientes, el indígena conoce posición y arrecifes isla Nauru. Kennedy".

Luego, entregando la corteza a uno de los indíge-

nas, Kennedy exclamó otra vez: "Rendowa, Rendowa, Rendowa", el nombre de la base donde estaban estacionadas las demás lanchas PT de la flotilla.

Uno de los nativos comprendió al fin y explicó a los demás de su partida lo que deseaba Kennedy. Antes de marcharse, los indígenas enseñaron a los dos norteamericanos el lugar donde podían encontrar una canoa de dos plazas. Luego, después de mucho hablar entre ellos, los indígenas embarcaron en su canoa de guerra y partieron en dirección a Rendowa. Contemplando cómo los nativos se alejaban, Kennedy y Ross se sentaron y se durmieron.

Kennedy y Ross permanecieron tumbados todo el día, exhaustos, en la playa, pero cuando la noche se aproximaba, Kennedy decidió que debían intentar una vez más entrar en contacto con la Marina.

Treparon hasta el lugar donde los nativos les habían dicho que estaba la canoa de dos plazas, y la pareja se adentró en el paso de Ferguson en cuanto cayó la noche. De pronto, el viento cambió de dirección y los dos se encontraron en medio de un ululante chubasco. Las olas barrieron la débil embarcación, la cual zozobró. Por tercera vez, Kennedy se veía en el océano nadando para salvar la vida.

Durante dos horas, los hombres lucharon contra una peligrosa corriente producida por la marea que amenazaba arrastrarlos a alta mar. De nuevo su objetivo era volver a Nauru.

—Siento haberle metido en ésta, Barney —gritó Kennedy entre el rugir del viento.

—Ahora sería una estupenda ocasión para decirle que va se lo advertí —aulló Ross—, pero no quiero hacerlo.

El par de oficiales siguieron nadando hasta que finalmente oyeron el ruido de las olas rompiendo contra el arrecife. Kennedy notó que una gran ola le desprendía de la canoa, a la que se había mantenido fuertemente aferrado hasta entonces y le zarandeaba arriba y abajo en sus violentas corrientes. Difícilmente podría imaginarse nada más peligroso, y Kennedy esperaba a cada momento verse golpeado con fuerza mortal contra el arrecife coralino y sus rocas afiladas como cuchillos. Milagrosamente fue depositado en tierra dentro de un pequeño remolino que hacía girar suavemente el agua a su alrededor. Pero Ross no fue tan afortunado. La misma ola que había depositado a Kennedy con tanta suavidad en tierra, golpeó fuertemente a Ross, que recibió profundos cortes en un brazo y un hombro.

En su marcha hacia la playa, Kennedy tuvo que ir extendiendo los remos de la canoa uno tras otro para que Ross pudiera, caminando sobre ellos, cruzar el coral con sus lacerados pies. Cuando llegaron a la arena se derrumbaron otra vez, exhaustos, y se durmieron.

Mientras los dos hombres descansaban, su penosa prueba estaba tocando a su fin. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, cuatro indígenas estaban a su lado.

Uno de los nativos, hablando en un inglés impecable, contempló a Kennedy y dijo:

—Tengo una carta para usted, señor.  
Kennedy abrió el sobre y leyó:

"Al servicio de Su Majestad. Al oficial superior. Isla de Nauru".

"Acabo de enterarme de su presencia en la isla de Nauru. Estoy al mando de una patrulla de infantería neozelandesa que opera en Nueva Georgia. Le aconsejo encarecidamente que venga aquí con los nativos. Entre tanto, estaré en comunicación por radio con sus autoridades, y podemos ultimar planes para rescatar el resto de su fuerza. Teniente Wincote".

El socorro no podía llegar en momento más oportuno. El brazo de Ross se había hinchado hasta adquirir el tamaño de un muslo a causa de un envenenamiento producido por el coral, y las quemaduras de McMahon se habían infectado peligrosamente.



El Teniente Kennedy felicitado por el Capitán F. L. Conklin, en Boston, 1944, por la condecoración recibida por heroísmo en acción desarrollada en el Pacífico del Sur.

Los dos necesitarían tratamiento médico en el plazo de dos horas.

Kennedy trepó a la canoa de los indígenas. Se tumbó en el fondo del débil barquichuelo, y los nativos se aseguraron de que no podría ser visto desde los aviones japoneses cubriéndole con hojas de palmera. Así iniciaron el largo viaje hacia donde estaba la patrulla neozelandesa de Nueva Georgia.

Aquella noche, al fin, Kennedy pudo entrar en contacto con una lancha de patrulla norteamericana en un determinado punto de reunión. Oyó cuatro disparos que venían de algún lugar del océano y disparó otros cuatro como contestación. Súbitamente, una lancha torpedera se deslizó al costado de la canoa, y manos amigas subieron a Jack a bordo.

Pocas horas después, navegando por bajíos y canales bajo la dirección de los nativos, la lancha y Kennedy llegaban a la Isla de las Aves para recoger el resto de su tripulación. Y luego zarparon en dirección de la base.

Durante el viaje de vuelta, uno de los hombres de Kennedy, reconfortado con un poco de brandy medicinal, fue a sentarse a proa de la lancha torpedera junto a dos de los indígenas que habían participado en el salvamento y que evidentemente habían recibido instrucción de los misioneros. Jack Kennedy, exhausto pero feliz, miraba desde la borda cómo aquellos tres hombres, estrechamente abrazados, cantaban un himno religioso que aprendieron siendo niños a más de diez mil millas de distancia unos de otros:

"Jesús me ama, yo bien lo sé,  
porque la Biblia así lo dice.  
Los pequeños le pertenecen.  
Ellos son débiles, pero El es fuerte.  
Sí, Jesús me ama, sí, Jesús me ama"...

Precisamente en el momento en que Jack era salvado, su familia recibía un triste telegrama que rezaba:

"El Secretario de la Marina lamenta informarle que el subteniente John Fitzgerald Kennedy ha sido dado por desaparecido en acción de guerra".

El regreso de Kennedy a Rendowa fue celebrado con entusiasmo. Los relatos de los supervivientes sobre los incesantes esfuerzos de Kennedy para encontrar ayuda se difundieron rápidamente por toda la base. Jack fue condecorado con el Corazón Púrpura y la Medalla de la Marina. El almirante William F.

Halsey firmaba la mención, en la que, entre otras cosas, se decía:

"Su valor, resistencia y excelente mando contribuyeron al salvamento de varias vidas, de acuerdo con las más altas tradiciones del Servicio Naval de los Estados Unidos".

El resto de la guerra fue una prolongada angustia para Kennedy. Antes que aceptar un traslado a los Estados Unidos cuando su primer turno de servicio estuvo cumplido, se prestó voluntariamente a realizar un segundo turno en el Pacífico meridional. Pero contrajo la malaria y su peso, que siempre había sido bajo, descendió alarmantemente a 57 kilos. Estaba casi veinte kilos por debajo de su peso normal, y sus amigos de la Marina, que seguían llamándole "Flecha", le miraban con inquietud. La malaria le daba un aspecto terriblemente enfermizo, como si sufriera desnutrición. Y lo peor de todo era que su espalda, lesionada en la colisión con el destructor, le dolía cada vez más.

## La muerte de Joe

Jack pasó los primeros meses de 1944 en el hospital naval de Chelsea. Luego, en agosto, llegaron noticias de que Joe Jr. había muerto combatiendo en los cielos de Europa. Esta vez el telegrama que la familia Kennedy recibió decía: "muerto en acción". El mensaje era terriblemente definitivo y la familia quedó sumergida en honda tristeza.

Jack se enteró de la muerte de Joe estando aún en el hospital.

La muerte de su hermano mayor le conmovió hasta lo hondo del alma. Había querido y admirado a Joe, había rivalizado y luchado con él siendo niño. Fue el belicoso Joe quien dio a Jack estilo e impulso, y fue en la personalidad de Joe donde Jack encontró cosas que emular y que rechazar. Joe fue en realidad el yunque sobre el que se forjó el alma de Jack. Joe era sociable, muy seguro de sí mismo, de temperamento rápido y con modales inmensamente atractivos. Jack era sosegado, reflexivo y frío: un hombre joven que pensaba las cosas antes de hacerlas y que ahora tendría que continuar él solo su pensamiento y su desarrollo, sin la presencia del herma-

no al que tanto había admirado. Joe estaba muerto, Jack tendría que seguir adelante él solo.

Más adelante, Jack recordaría a su hermano en un libro impreso en edición privada y titulado: "Cuando recordamos a Joe". En él escribiría: "Creo que si los jóvenes Kennedy somos algo o si vamos a ser algo más, ello se deberá a la conducta y constante ejemplo de Joe más que a ningún otro factor".

El próximo Kennedy que sufriría el azote de la guerra sería Kathleen, que tenía entonces veintitrés años. Era una joven extraordinariamente linda y seguía trabajando como periodista en Washington cuando decidió entrar en la Cruz Roja. Debido a su conocimiento previo de Inglaterra, la destinaron a Londres. Allí empezó a salir con William John Robert Cavendish, marqués de Hartington.

Posteriormente, Kathleen dejó la Cruz Roja para ayudar a su futuro marido en su campaña electoral por un escaño en la Cámara de los Comunes. Cuando él fue vencido, Kathleen se mantuvo a su lado, y pocos meses después se casaron.

De nuevo un destino fatal se cernía sobre los Kennedy. Kathleen y William apenas pudieron vivir poco más de un mes en su piso de Londres. Luego, William, que pertenecía al famoso cuerpo de los Coldstream Guards, se incorporó a su regimiento y embarcó rumbo a Francia para prestar servicio activo. Kathleen regresó a América, donde debía residir con su familia durante el resto de la guerra. Pero el 10 de aquel mes de septiembre, sólo tres semanas después de que la familia recibiera noticia de la muerte de Joe durante el desarrollo del malhadado "Proyecto Yunque", el Ministerio inglés de la Guerra comunicó que William había resultado muerto en combate. Mandaba una patrulla de infantería que exploraba el terreno delante de una columna de tanques cuando la muerte le salió al encuentro.

Como trágico epílogo de aquella desgracia, Kathleen pereció al estrellarse al Sur de Francia el pequeño avión que había fletado.

Para Jack, la muerte del marido de Kathleen colmó el dolor que sentía por la muerte de Joe. Los Kennedy, como muchas otras familias norteamericanas, habían sufrido atrocemente como consecuencia de la guerra. Cuando ésta llegaba a su final, Joe estaba muerto, el reciente marido de Kathleen estaba muerto, y Jack, después de experimentar su propio roce con la muerte, estaba todavía recuperándose en un hospital militar de una dolorosa herida de guerra.

## PAZ Y POLÍTICA

### Política

La guerra estaba terminando. A principios de 1945, un frenético ejército alemán se estaba retirando en dos frentes. Los japoneses eran desalojados de una isla tras otra en el Pacífico meridional y su orgullosa máquina de guerra estaba desmoronándose. Lentamente y con precauciones, el mundo desgarrado por la guerra parecía dirigirse hacia el futuro y hacia la paz.

Lo mismo hizo el joven Kennedy.

¿Qué iba a hacer ahora? El problema le preocupaba grandemente. Jack tenía veintiocho años, era guapo, héroe de guerra acreditado y millonario. En la columna del "debe" aparecía el problema de los continuos dolores de su espalda, que todavía necesitaba un ligero chaleco ortopédico para sostenerse. Además, no tenía empleo ni profesión. El problema no habría preocupado a mucha gente en circunstancias similares. Después de todo, un millonario no tiene por qué trabajar.

Pero la vida de un señorito deportista no era precisamente lo que Jack Kennedy tenía en la mente. Los Kennedy, lo mismo que otras familias norteamericanas de gran fortuna, como los Roosevelt, los Rockefeller y los Harriman, no creían que el deporte en sí mismo pudiera constituir una forma de vida.

Antes bien, los Kennedy opinaban que los esparcimientos sólo eran divertidos cuando servían de contrapunto al intenso trabajo. Mientras miraba hacia el futuro, Jack buscaba un puesto en el que pudiera trabajar intensamente y desempeñar una función útil.

Su decisión fue natural. Su mayor talento era su habilidad en el empleo de las palabras, y decidió poner a prueba esta cualidad. Se fue a Nueva York, donde solicitó y obtuvo un empleo como reportero en la agencia de prensa Internacional News Service, propiedad del famoso Hearst.

Su primera misión le llevó a San Francisco para informar sobre la reunión inicial de una organización destinada a conservar la paz.

Jack hizo también un breve viaje por Europa y remitió a la I. N. S. informaciones sobre las elecciones británicas y otros acontecimientos de la postguerra. El continente estaba en pleno fermento mientras las democracias europeas se esforzaban por reconstruir sus economías trastornadas por la guerra. Era un período interesantísimo para un joven tan impetuoso en los problemas de política internacional como Jack: el espíritu que reinaba en Europa era diametralmente opuesto a la apatía que Jack había descrito en su primer éxito literario: "Por qué dormía Inglaterra".

Pero mientras Kennedy pasaba el tiempo siguiendo pistas e intentando descubrir el significado escon-

dido tras los velados partes diplomáticos, se dio cuenta de que la vida de periodista no se había hecho para él. Vio que un reportero está definitivamente apartado de la verdadera acción del mundo. Un periodista escribe y comenta las cosas que hacen otros. "Es un papel demasiado pasivo", confió a sus amigos hablando de los inconvenientes de su nueva carrera. Estaba recuperando su fuerza y se sentía impulsado a moverse en campos más activos, donde pudiera crear las noticias para que otros las escribieran.

Estos eran los pensamientos que anidaban en la mente de Kennedy cuando regresó de Europa en 1945 y dimitió de su puesto como reportero de la International News Service.

Dice la leyenda que John F. Kennedy decidió dedicarse a la política una noche, después de una larga conversación con su padre. Se afirmaba que Joe senior había dicho a Jack que como su hermano Joe había dado su vida por la patria durante la guerra, le correspondía a Jack sostener la tradición familiar de entregarse al servicio público en el campo político. Toda la familia apoyaría a Jack, dijo su padre. Y la historia sigue diciendo que Jack atendió al llamamiento y decidió en el acto dedicarse a la política.

Pero la verdad es algo distinta. Ciertamente, ha existido una tradición política en la familia Kennedy. Es seguro que Joe quería ver esta tradición continuada, y además entendía que la misión debía ser desempeñada por Jack una vez que Joe había muerto. Pero esta versión es demasiado simple, porque tiene en cuenta todas las cosas excepto la más importante: la notable personalidad de Jack Kennedy.

Su decisión sorprendió a los políticos profesionales de Boston. Eran hombres endurecidos y acostumbrados desde hacía mucho tiempo a seguir sus propios métodos. Los acontecimientos pasados habían mostrado la corrupción que se ocultaba en muchas de sus prácticas. Algunos de estos políticos, al contemplar a primera vista al pequeño David que se atrevía a desafiarlos, lo tomaron a broma y decidieron que la amenaza de Jack no tenía por qué preocuparlos. No sólo era muy joven, pensaban, sino que estaba claramente extenuado por las enfermedades sufridas durante la guerra y su piel tenía ese extraño matiz amarillento que producen las tabletas de Atabrine, el medicamento contra la malaria que se le administraba. Jack era exactamente el polo opuesto de lo que se supone que debe ser un político de Boston. No llevaba sombrero hongo, no se pasaba el tiempo metido en los bares y no tenía el aspecto del tipo que llena la lista de cargos de la localidad con sus amigos y parientes, los cuales, en verdad, no lo necesitaban. En suma, los políticos de Boston pensaron que Jack era algo así como un pez fuera del agua.

Pero Jack tenía sus propios planes. La primera lucha de su carrera política había de ser su propia lucha. Nadie iba a ganarla para él.

Los políticos de Boston no conocían la fuerza de carácter que poseía el joven Kennedy, y esta ignorancia los condujo a cometer un grave error de cálculo. El undécimo distrito electoral, por el que se presentaba Jack, resultaría un hueso demasiado duro de roer para un recién llegado, pensaban los políticos a la vieja usanza. Ciertamente incluía la Universidad de Harvard, donde había estudiado Jack, pero esta circunstancia no le daría demasiados votos. Además, el undécimo distrito era uno de los más duros y ásperos de Boston. Sus barrios bajos eran de lo peor de la nación, con uno de los más altos índices de criminalidad. "Ningún pipiolo de la Universidad nos va a quitar esas zonas", concluyeron los políticos.

Pero el distrito tenía un par de sectores que podían ayudar a Jack. Incluía el Este de Boston, donde su padre había nacido, así como el extremo Norte de la ciudad, donde estaba el hogar de su madre. Las dos zonas podían ser trabajadas eficazmente en busca de votantes que recordaran la vieja familia de los Kennedy y su honrada cepa política, tan distinta de las recientes Administraciones desprestigiadas por los escándalos.

Como Jack había comenzado la campaña antes que los demás candidatos, éstos dedicaron escasa



John F. Kennedy (a la derecha) y sus hermanos, Robert (Bob, a la izquierda) y Edward (Ted), conferenciando.

atención a los esfuerzos de Jack. Pero cuando descubrieron que no podían neutralizar con burlas la creciente popularidad de Jack, empezaron a arrojarle barro. Un candidato llamó a Jack "pobre señorito millonario". Otro pretendió comprar su retirada ofreciéndole nombrarle secretario suyo en Washington si abandonaba la campaña. Pero Jack se negó a ser comprado. No le daban miedo las pedradas que le estaban lanzando sus contrarios. Y cuando éstos difundieron el rumor de que el padre de Kennedy estaba intentando comprar votos, Jack volvió a la brecha con redoblado ardor y entró en contacto con más votantes que nunca.

Al cabo de pocos meses, Kennedy se había convertido en un experto en lides electorales. Su esmerado análisis de los deseos del votante individual, más sus propias convicciones, le ayudaron a confeccionar un prudente programa político. Jack era el único veterano de la guerra que tomaba parte en la competición y abordó las pequeñas cuestiones de la vida cotidiana que significaban mucho para los electores: viviendas, prestaciones para los veteranos, empleos.

Cuando llegó el día de la elección primaria, Jack derrotó abrumadoramente a sus nueve contrincantes. Hasta sus más ardientes partidarios quedaron sorprendidos por la cantidad de votos que reunió. Pero Jack lo tomó con filosofía.

—"La oportunidad significa casi todo en política —dijo luego a los periodistas—. Fui elegido porque era el único veterano entre los candidatos, y si mi hermano Joe no hubiera muerto, él habría sido el miembro del Congreso".

Tal disminución de sus propios méritos no era merecida. Sin embargo, ésta era la forma que tenía Jack de ver las cosas. Para él, todo podía mejorarse. Jack estaba en el camino del éxito, pero siempre tuvo la impresión de que no se debía sólo a sus esfuerzos.

—"Me dediqué a la política únicamente porque Joe murió— explicaría luego a unos periodistas que le entrevistaban—, si algo me ocurriera a mí mañana, Bobby continuaría... y si Bobby muriera, Teddy ocuparía su lugar".

## El senador Kennedy y su dama

Cuando Jack Kennedy fue por primera vez a Washington como miembro del Congreso, corrieron falsas historias acerca de cómo el juvenil legislador fue confundido con un paje del Senado. Aunque tales historias no eran ciertas, era evidente que Jack no se parecía en nada a un diputado.

Tenía veintinueve años y era muchos años más joven que la mayoría de sus compañeros del Congreso. Su pelambre de color castaño, cayendo incontrolable sobre su frente sin arrugas, daba a muchos la

impresión de que acababa de salir de la universidad. Jack empezó a desvirtuar esa idea con la mayor rapidez que le fue posible. A diferencia de algunos de sus colegas, que hacían equilibrios entre sus promesas y sus hechos, Jack comenzó a servir a sus electores de Boston como había ofrecido. En compensación, consiguió ser reelegido para su puesto en el Congreso en 1948 y otra vez en 1950. Aprendió los intrínquilos de la complicada vida política de Washington, y su popularidad en su Estado natal creció con cada reelección sucesiva.

Jack tenía un "escaño seguro", o sea, un puesto que nunca le sería disputado seriamente, pero pronto se dio cuenta de que si no se movía corría el riesgo de quedarse estancado en el Congreso. ¿Qué podía hacer? ¿Hacia qué lado debía volverse? ¿Debia presentarse a las elecciones de gobernador de Massachusetts o bien debía ir en busca de un cargo más importante en la política nacional?

Jack prosiguió incansablemente su programa durante la primera parte de 1950. Y cuando se presentó la oportunidad de mejorar, estaba preparado. Decidió presentarse a las elecciones para un puesto en el Senado.

De nuevo se trataba de una decisión audaz. Pero, analizada la situación por el ojo frío y desapasionado de Jack, no parecía descabellada. Como uno de los 435 miembros del Congreso, Jack no era, ni probablemente lo sería nunca, una personalidad de relieve en el escenario nacional y en el internacional. Pero en la Cámara Alta, en la que el número de miembros es pequeño, sus posibilidades de ganar en importancia y responsabilidad se hacían mucho mayores.

El objetivo de Jack para 1952 fue el escaño senatorial que ocupaba Henry Cabot Lodge. Jack pensó que obtenerlo le costaría una dura batalla, pero teniendo en cuenta sus campañas de años anteriores en la casi totalidad de las 351 ciudades y pueblos de Massachusetts, consideraba que tendría una buena posibilidad de triunfar. Al menos no iniciaba la competición electoral siendo un desconocido, como le sucedió en su primera campaña de 1946.

Al desafiar a Lodge, Kennedy se enfrentaba también con la inmensa popularidad del candidato republicano a las elecciones presidenciales de 1952, Dwight D. Eisenhower, que apoyaba fuertemente a Lodge. Este había sido uno de los primeros políticos que emprendieron la tarea de convencer a Eisenhower para que se presentara como candidato del partido republicano en aquellos comicios. Además, Lodge había aceptado la dirección de la campaña de "Ike" para la Presidencia.

Pero el hecho de que Lodge fuera a trabajar para Eisenhower significaba que tendría que recortar algo sus esfuerzos para lograr su propia reelección. Jack vio rápidamente este punto débil de su adversario y decidió explotarlo dando a su campaña un ritmo que Lodge sería incapaz de sostener. Esta aceleración del ritmo político hizo mella también en Jack: la espalda le dolía fuertemente otra vez y durante algún tiempo tuvo que realizar la campaña andando con muletas. Pero siguió adelante enérgicamente, guardándose su dolor para él solo.

Con el entusiasmo propio de los bostonianos de raza, Jack y sus ayudantes iniciaron una nueva versión de las invitaciones a tomar el té como medio de desalojar a Lodge de su puesto.

Mas para que el plan tuviese éxito, tenían que cooperar los demás miembros de la familia, los cuales no se mostraron remisos en escuchar el llamamiento. Uno tras otro llegaron a Boston para dar un espectáculo de solidaridad que sólo podía ser puesto en práctica por la dinámica familia Kennedy. Sus hermanas Jean y Eunice llegaron en avión de Chicago, Patricia acudió desde Nueva York. Y antes que nadie estuvo allí Bobby, que tenía entonces veintisiete años, el cual se hizo cargo de la dirección de la campaña, obligando a trabajar a su familia y a los demás colaboradores despiadadamente y sin favoritismos.

Día tras día, los carteros de Massachusetts entregaban lustrosas invitaciones con la dirección manus-

crita a las amas de casa de todo el Estado. Estas invitaciones decían:

"Recepción en honor de la señora de Joseph P. Kennedy y de su hijo, el miembro del Congreso John F. Kennedy, el miércoles por la noche, 1º de octubre de 1952, a las ocho, en el hotel Commander de Cambridge, Mass.  
Invitación"

Rose Kennedy constituía el número fuerte de cada reunión. Elegante y enérgica, solía caldear la reunión contando cómo había criado a sus nueve hijos, y refería con preocupación maternal sus enfermedades y con orgullo maternal sus hazañas. Cuando Rose finalizaba había despertado los sentimientos de orgullo de cada madre presente en el salón. Y cuando Jack aparecía al fin, con su apuesta figura, aunque todavía tímido y aniñado, las mujeres de la reunión sentían también un interés maternal por él.

Informando de la elección al "New York Times", su corresponsal Cabell Phillips escribía sobre una de estas reuniones:

... "el joven diputado dijo que le gustaría que todas las damas subieran al estrado para que él, su madre y su hermana pudieran conocerlas personalmente y tomar luego con ellas una taza de té en el vestíbulo. Durante unas dos horas, una ininterrumpida fila de mujeres desfilaron lentamente por el escenario estrechando las manos con los Kennedy, masculando confusas presentaciones y bromas y saliendo luego a empujones por una puerta lateral que daba al vestíbulo, todavía lleno de señoras que esperaban su turno para llegar hasta los anfitriones. A un lado del espacioso salón había largas mesas con camareras agobiadas de trabajo que servían té, café y pastas (luego se comunicó que el consumo total había sido de 8.600 tazas)".

La campaña de Jack fue acelerándose y parecía que los Kennedy nunca estaban quietos. La noche de la elección, los primeros recuentos de votos mostraban a Kennedy detrás de Lodge, y a Eisenhower delante del candidato demócrata a la presidencia, Adlai Stevenson. Pero Jack no perdía la confianza. Cuando todos los votos estuvieron contados, Jack resultó vencedor por un margen de 70.000 sufragios. Y lo más notable de la elección fue que Eisenhower había triunfado en el Estado, con 208.000 votos de ventaja sobre Stevenson. Jack había invertido los términos al ganar aquel puesto de senador, derrotando no sólo a Lodge, sino también la popularidad de Eisenhower.

Después de la elección, cuando los periodistas le preguntaron por qué creía que había ganado la campaña, Jack reveló que había llevado prendido un emblema electoral que le había dado buena suerte. El emblema había sido acuñado en 1912 y llevaba el retrato de su abuelo John F. Fitzgerald, que estaba entonces haciendo campaña electoral para la alcaldía de Boston. Había dado suerte a Jack, pero había sido la suerte del irlandés.

Jack volvió a Washington como senador. Era un apuesto soltero de treinta y cinco años, considerado como uno de los mejores partidos de la nación. Mientras los cronistas de sociedad señalaban cuidadosamente estas circunstancias a cada aparición pública de Jack, éste reanudaba su amistad con una joven a la que había conocido un año antes: Jacqueline Lee Bouvier.

Sólo una muchacha como Jackie podía tener esperanzas de atrapar el corazón de Jack. Era exquisitamente bella, tan esbelta como una maniquí, con un sereno encanto y una cordial personalidad. Sobresalía en los deportes y era también artista de talento, una brillante conversadora y gran lectora de los clásicos.

Tal combinación de gracia, belleza e inteligencia provocó el fin de la soltería de Kennedy. Jack había conocido a Jackie en una comida. Recordando luego el incidente, admite que Jacqueline le atrajo en seguida:

"Me incliné sobre los espárragos —dice Jack— y le pedí que saliera conmigo".

Sus primeras citas fueron esporádicas, pues Jack estaba en continuo movimiento y empleaba sus ratos libres en sus campañas por todo el Estado de Massachusetts. Pero en 1952, cuando volvió a Washington hecho un senador, Jack empezó otra campaña muy seria: la de conquistar la mano de Jacqueline.

Por aquella época Jacqueline trabajaba como redactor gráfico para el "Washington Times-Herald". Solía ir por la ciudad entrevistando gente, preguntando opiniones sobre todos los temas imaginables y obteniendo fotografías con una engorrosa máquina "Speed Graphic" que aprendió a manejar con soltura de profesional.

Pero por las noches, la periodista y el senador solían escaparse para cenar e ir al cine. Pronto el joven senador Kennedy se declaró y Jackie le dio el sí. Se casaron en septiembre de 1953, en la iglesia católica de Santa María, en Newport, Estado de Rhode Island. Ofició en la ceremonia un antiguo amigo de la familia, el reverendísimo señor Richard J. Cushing, entonces arzobispo de Boston. Fue la boda del año, y una multitud de 1.200 personas, muchas de ellas senadores y diputados, compañeros de Jack, acudieron para desear a los novios buena suerte y felicidad.

Todo parecía ir inmejorablemente. Los novios pasaron la luna de miel en Méjico. Cuando volvieron a Washington compraron una bella casa de estilo virginiano y se dispusieron a fundar una gran familia. Pero el destino iba a interferir en su felicidad.

## Un rasgo de valor

La política es una cruel profesión que obliga a quien la practica a sostenerse a horcajadas sobre ella como quien cabalga un caballo indómito. Jack se encontró más ocupado que nunca. Sus nuevos deberes como senador le exigían cada vez más y más tiempo. Si no hubiera sido más que esto habría podido soportarlo, porque, aunque el trabajo era mucho y difícil, también era estimulante y lleno de contenido.

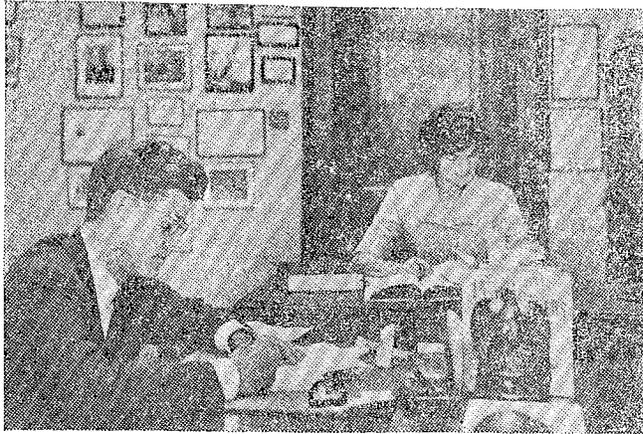
Lógicamente, el nuevo matrimonio Kennedy hubiera debido emprender una fácil y agradable vida familiar. Su amplia casa recién comprada en Virginia era un lugar ideal para formar una gran familia, un lugar donde los niños podían ser educados en un cordial ambiente de amor familiar.

Había, sin embargo, un problema que Jack no pudo resolver. Su vieja lesión de la espalda —el disco que se fracturó en Harvard—, agravada cuando el destructor japonés abordó su lancha torpedera, daba cada vez más señales de existencia. El tormento aumentaba diariamente, y junto a las comisuras de sus ojos comenzaron a aparecer pequeñas arrugas causadas por el sufrimiento.

El dolor de una lesión en la espalda es agudísimo. La columna vertebral del hombre constituye un vulnerable y delicado centro de los nervios que se extienden a todo el cuerpo. Una lesión en la espina dorsal puede aplastar o comprimir ciertos nervios. El dolor es constante, interminable y sume a una persona en una agonía que llega a provocar náuseas. Lenta pero constantemente Jack notaba que su condición física iba deteriorándose. Cada paso significaba una nueva oleada de dolor. Finalmente tuvo que aparecer en el Senado con muletas.

El joven senador se había esforzado grandemente por ocultar a sus amigos el verdadero alcance de su dolencia. La campaña electoral para el Senado demostró hasta el máximo el dominio de Jack sobre sí mismo. Había días que sólo un baño en agua casi hirviendo podía reducir los espasmos musculares que sentía cerca de su lesionada espina dorsal. Sólo después que hubo reconocido que no podía prescindir de las muletas comenzó a saberse entre sus colegas el sufrimiento que había experimentado.

La primera operación sufrida por Jack cuando estaba en la Marina no había conseguido curarle adecuadamente. Una placa metálica que los cirujanos habían introducido en su columna vertebral para fortalecerla, por alguna razón desconocida, había dejado de cumplir completamente su misión.



John F. Kennedy, entonces Senador de los Estados Unidos, trabajando en su oficina, mientras su esposa le ayudaba en la traducción de documentos pertinentes.

Si se miraba por el agujero que tenía Jack en la espalda, se podía ver la placa que le habían colocado allí los cirujanos —dice uno de sus amigos—. Algunos días, durante la campaña de 1952, Jack no pudo moverse sin muletas y no podía soportar la idea de que el público le viera con ellas. Cuando llegábamos a la puerta de un local donde Jack tenía que pronunciar un discurso, entregaba las muletas a uno de nosotros, erguía la figura y recorría el pasillo con la espalda tan derecha como un cadete de West Point. Nunca supe cómo podía hacer aquello".

Pero ya ni su fuerza de voluntad podía impedir que el dolor afectase sus actividades. Una vez, un amigo que fue a visitar a Jack en Hyannis Port le encontró sentado en el porche golpeando sus muletas con profundo pesar.

"Preferiría morir antes que pasar el resto de mi vida con estos trastos" —dijo al amigo.

Así se veía traicionado por su cuerpo una vez más. Había vencido el problema de su falta de peso cuando era niño, había fortalecido su cuerpo para entrar en la Marina, había salvado de la muerte a su tripulación en el Sur del Pacífico Meridional, a pesar de sus heridas, amaba y practicaba destacadamente todas las formas de actividad física al aire libre. Ahora, pensaba sombríamente, parecía que iba a tener que pasar el resto de su vida con muletas y sufriendo un dolor constante.

Aunque Jack quería que se le practicara la operación, los médicos no estaban de acuerdo. Aplazaban la operación una y otra vez y hacían prueba tras prueba. Algunos médicos indicaron francamente a Jack que no se arriesgase sometiendo a la operación quirúrgica. Su vida estaría en peligro, decían, y enumeraban las muchas probabilidades que tenía de no salir vivo de la operación.

Pero Jack fue inflexible. No quería vivir como un inválido si podía evitarlo. La operación había de efectuarse. Finalmente, en octubre de 1954, un equipo de cirujanos inició la delicada tarea de realizar una doble fusión de discos en la columna vertebral de Jack.

La operación sometió a Jack a una prueba de valor. Una fusión espinal deja a quien la sufre en un deprimido estado de ánimo, y el dolor es cruel.

Jack permaneció inmóvil durante semanas después de la operación.

Al aproximarse las Navidades de 1954, Jack estaba aún inmóvil y sin mejorar. Su moral estaba quebrantándose y los médicos, con la esperanza de que un cambio de escenario le beneficiara, le metieron en una camilla y le enviaron por avión a Palm Beach para que pasase las Navidades con la gran familia Kennedy. Pero ni el calor de Florida ni el de las Navidades en familia mejoraron al enfermo. La herida no se curaba, y en febrero volvió al hos-

pital para sufrir otra operación. Se le administraron los últimos sacramentos de la religión católica antes de que fuera trasladado en la camilla de ruedas hasta el quirófano. Y mientras la familia rezaba fuera, un equipo de cirujanos trabajó durante horas para retirar la placa de metal que había sido colocada en la columna vertebral de Jack.

Esta vez la operación resultó bien y la familia y Jack respiraron. Aún quedaban por delante meses de dolor, pero su espalda estaba sanando y su fuerza retornaba lentamente. Al fin, con una sonrisa de triunfo, salió del hospital y se instaló en su casa para pasar un largo periodo de convalecencia. Su espalda nunca volvería a quedar en perfecto estado; estaría sometido de vez en cuando a pequeños ataques de malestar, pero nunca, según los doctores, volvería a sufrir hasta el extremo pasado. Era casi un certificado de perfecta salud. Jack había combatido valientemente una batalla contra la enfermedad. Había apostado su vida contra su salud... y había ganado. Era un pensamiento embriagador.

Jack no pudo volver al Senado durante cierto tiempo. Su espalda iba mejorando, pero no tenía aún la suficiente fuerza para soportar los rigores de la vida política. Sus doctores le prescribieron varios meses de inactividad.

El interés de Jack por el valor político se remontaba a sus días universitarios, cuando escribió su libro "Por qué dormía Inglaterra", en el que describía los fallos de los políticos ingleses, que no prepararon a su nación para hacer frente a la amenaza del nazismo. Ahora, con tiempo por delante, profundizó más en la cuestión y comenzó a transformar en fichas numerosos libros de la biblioteca del Congreso. Su ayudante en el Senado, Theodore Sorensen, exploró todo Washington en busca de anécdotas y datos de hecho sobre decisiones políticas valientes realizadas por los estadistas de los primeros tiempos de la nación. Lentamente empezó a tomar forma un libro trabajosamente manuscrito en su primer borrador.

Jack dio a su nuevo libro el título de "Rasgos de valor" ("Profiles in courage"), y la obra constituyó un inmediato éxito para el joven senador. Estaba escrito con el agudo sentido de los detalles, propio de un periodista, y describía los supremos esfuerzos de muchos hombres eminentes de Norteamérica. Allí estaba Sam Houston, el primer presidente de la república de Texas, quien, luego, como gobernador de aquel Estado, combatió contra el intento de separar a Texas de la Unión. Allí estaba también Daniel Webster, cuyo enérgico temperamento y su amor por la patria le impulsaron a afrontar el suicidio político por luchar en pro de la conservación de los Estados Unidos, para acabar muriendo amargado y solitario. Y allí estaba Edmund G. Ross, un senador de Kansas casi olvidado, que se negó a votar la censura contra el presidente Andrew Jackson aun sabiendo que con ello ponía fin a su carrera política. El libro se situó en las listas de las obras más vendidas, y pronto ganó el más alto galardón literario de los Estados Unidos, el codiciado premio Pulitzer. Posteriormente se hizo del libro una edición para niños, que fue también un "best-seller".

"Rasgos de valor" situó a Jack ante la atención nacional como un senador extraordinario. Ya no era un joven legislador recién llegado de las costas de Massachusetts. Había demostrado su valor en la guerra. Había triunfado en sus luchas políticas. Había vencido una grave amenaza contra su salud. Y ahora se había distinguido como autor galardonado de un significativo y notable libro sobre política.

"Cuando un político no ama el bien público ni se respeta a sí mismo —escribía Jack—, o cuando su respeto de sí mismo se limita a los beneficios del cargo, entonces el interés público está deficientemente servido. Pero cuando su respeto hacia sí mismo es tan alto que su propia auto-estimación le exige seguir el camino del valor y de la conciencia, todo será beneficioso... Así, en los próximos tiempos, sólo el hombre verdaderamente valeroso podrá adoptar las difíciles e impopulares decisiones necesarias para nuestra supervivencia en la lucha contra un poderoso



John F. Kennedy con su familia. (De pies, de izquierda a derecha): Mrs. Robert F. Kennedy (née Ethel Skakel), Stephen Smith, Jean Kennedy de Smith, el Presidente John F. Kennedy, Robert F. Kennedy, Patricia Kennedy de Lawford, R. Sargent Shriver, Mrs. Edward M. Kennedy (née Joan Bennett), Peter Lawford. (Al frente, de izquierda a derecha): Eunice Kennedy de Shriver, Joseph P. Kennedy con Rose Fitzgerald de Kennedy (sentada frente a él), Mrs. John F. Kennedy (née Jacqueline Bouvier) y Edward M. Kennedy.

enemigo: un enemigo con jefes que apenas necesitan preocuparse de la popularidad de sus acciones, que no tienen que pagar tributo a la pública opinión que ellos mismos manejan, y que pueden obligar a sus ciudadanos, sin miedo de represalias en las elecciones, a sacrificar el bienestar de hoy por la gloria futura. Y sólo el valiente podrá conservar vivo el espíritu de individualismo y disconformidad que ha dado el ser a esta nación, la ha alimentado durante su infancia y la ha guiado a través de sus más severas pruebas al llegar a su madurez".

¿Tenían tal vez las palabras del senador algún significado personal? Según señaló un crítico literario, "este libro es algo más que un recuerdo del pasado; es un reto al futuro. Señala altas metas para el mismo senador Kennedy".

## Salvado de la vice-presidencia

Es cierto que el premiado libro de Kennedy le dio una cierta estatura nacional. Además, en cuanto volvió a la actividad, en 1954, se ganó rápidamente la aprobación, un poco a regañadientes, de sus compañeros del Senado, pues demostró que era un capacitado legislador. Mientras crecía su reputación en Washington, algunos periodistas informados empezaron a designar a Jack como uno de los más capaces y dinámicos jóvenes que aparecían en el Senado en muchos años.

A pesar de esto, sin embargo, en el gran escenario nacional, donde el ciudadano medio y su voto determinan el curso de la historia de los Estados Unidos, Kennedy era todavía prácticamente desconocido.

Paradójicamente, John F. Kennedy sólo se convertiría en un político conocido en toda la nación cuando sufriera una derrota.

A primeros de 1957, en su Estado natal de Massachusetts, Jack puso en acción sus cada vez más fuertes músculos políticos y obtuvo el control efectivo de los 16 votos que aportaría Massachusetts a la Convención Nacional Demócrata.

Aunque muchos se lo aconsejaban, Jack se negaba a comprometerse. Su padre se mantenía inflexible en la idea de que Jack no debía intentar la conquista de la vicepresidencia, arguyendo que Stevenson estaba destinado a perder ante Eisenhower como había perdido cuatro años antes, y Jack quedaría derrotado con él. Los ayudantes de Jack, por otro lado, afirmaban que debía presentarse, porque Stevenson podía ganar y, aunque no fuera así ello situaría a

Kennedy en la escena nacional en un momento en que necesitaba publicidad. Al fin, Jack se decidió a presentarse... si podía obtener la designación.

Así, Jack se fue a Chicago sabiendo que era uno de los contendientes por la candidatura a la vicepresidencia. Ciertamente no tenía una promesa definida de que Stevenson fuera a elegirle como compañero de campaña electoral. Pero, según las informaciones de la prensa, nadie tenía tal promesa.

Es cierto que Stevenson había tratado con cordialidad a Kennedy. Por otra parte, el Gobernador era un liberal declarado y algunos demócratas liberales estaban todavía disgustados por la negativa de Kennedy a declararse decididamente en contra del senador Joseph McCarthy en los primeros años cincuenta. Sin embargo, el reverso de la medalla era que otras actitudes adoptadas por Kennedy en el Congreso se fueron haciendo cada vez más liberales. Ahora, en Chicago, la gran cuestión para Jack era: "¿Stevenson está a favor mío o contra mí?". Esta era la cuestión crucial porque, en el pasado, el candidato elegido generalmente tenía la última palabra en la designación de su compañero de campaña.

En este tenso ambiente, unas doce horas antes de que empezasen las votaciones, Jack recibió una llamada telefónica del gobernador Stevenson. ¿Quería Kennedy pronunciar el discurso en favor de la designación de Stevenson? Sí, naturalmente, contestó Kennedy.

Era un golpe desconcertante. Su significado, imaginaba Jack, era bastante claro: el hombre que pronunciaba el discurso de designación recibía meramente un hueso para consolar su amor propio. Luego, el candidato podía pasarle por alto al elegir su hombre para la vicepresidencia.

Luego, Jack se reunió con una delegación de Nueva Inglaterra y confesó sinceramente sus pocas esperanzas de ser designado para el segundo lugar de la candidatura demócrata. Los delegados se apiñaron a su alrededor.

—¿Esto quiere decir que se retira usted de la elección? —preguntaban con cara de preocupación.

—No —replicó Jack, explicando que, si bien entendía que la situación no era esperanzadora, no iba a admirar su derrota.

Aunque Jack no lo sabía, la situación estaba a punto de aclararse definitivamente. Al día siguiente, Stevenson obtuvo el nombramiento e hizo una dramática declaración. Rompiendo todo precedente, decidió que la designación para la vicepresidencia se haría mediante una votación general entre los delegados. Todas las personas cuyos nombres sonaban para ocupar el puesto eran igualmente aceptables para él. Que ganara el mejor. Los delegados quedaron sorprendidos por el súbito cambio de decoración. La designación iba a dilucidarse a codazos, y el premio sería conquistado a la rebatiña.

Cuando al día siguiente comenzaron las votaciones, Jack se encontró comprometido en una batalla contra el senador Estes Kefauver, de Tennessee. Sentado tranquilamente delante del televisor instalado en su cuarto del hotel, Jack contempló la lucha que tenía lugar en el abarrotado local donde se celebraba la Convención. Mientras las cámaras de televisión recogían los apresurados susurros de las conferencias celebradas entre los jefes políticos, él valoraba con rapidez la fuerza de su situación, pero se reservaba cuidadosamente sus pensamientos para él solo. Sus ayudantes y colaboradores estaban excitados, pero él se mostraba tranquilo y desapasionado. Dijo que iba a tomar un baño para descansar.

En la segunda votación, Jack empezó a recoger votos. Nueva York decidió votar por Kennedy. Texas se inclinó también hacia él. Jack necesitaba exactamente 68 votos más para ganar, la elección estaba al alcance de la mano y sus ayudantes, excitados, comenzaron a dar voces. Jack salió de la bañera para contemplar el espectáculo, y cuando Kennedy le aportó otros treinta votos, Ted Sorensen se adelantó para estrechar su mano.

—Mi enhorabuena, Jack —dijo—, esto es cosa hecha.

—No, todavía no —replicó Jack y se volvió hacia la pantalla del televisor. ¿Qué había visto que se escapó a los demás?

Ya fuera por premonición o por conocimiento de cómo iban a reaccionar otros Estados a su candidatura, Jack había observado un cambio. Momentos después la Convención se declaraba en favor de Kefauver, y Jack contemplaba en silencio cómo aumentaban los votos para su contrincante. Ya nada podía oponerse a Kefauver. Jack lo sabía, pero su cara no reflejó ninguna decepción. La Convención era un confuso torbellino. Cuando Kefauver recibió los últimos votos que necesitaba para vencer, Jack se volvió a sus colaboradores:

—Vámonos —dijo tranquilamente.

Vestido con la misma cuidadosa deliberación de que había hecho gala en las últimas horas, Jack se dispuso a acudir al salón de la Convención. Había sufrido la primera derrota de su carrera política. Pero no lo demostraba. Envió sonriente en la Convención y, como si en vez de perder hubiera ganado, se abrió paso hasta la tribuna y se mostró apuesto y erguido ante la multitud. Dio gracias a todos los que habían trabajado tan denodadamente en su favor y luego pidió que se procediera a una votación final para que la designación de Kefauver fuera unánime.

La intervención de Jack convirtió la derrota en una victoria personal. Su pulcro y gracioso discurso dejó la fuerte impresión de que era un joven del que se hablaría en el futuro.

Sorprendentemente, la derrota se transformó en suerte. Como el padre de Jack había predicho, Stevenson y Kefauver fueron barridos por la popularidad del presidente Eisenhower en la elección de noviembre de 1956. Jack había escapado a la derrota en unas elecciones generales. Si se hubiera presentado con Stevenson, una gran parte de la derrota de éste habría recaído sobre sus hombros, reduciendo sus futuras posibilidades de alcanzar la máxima magistratura. Peor aún, como Jack era católico, su derrota se habría interpretado como un síntoma de que la nación no estaba todavía madura para elegir a un católico para un puesto tan elevado. Como diría después su hermano menor Bobby, refiriendo el episodio, Jack "se salvó de la vicepresidencia".

## Comienza la lucha por la presidencia

"Ningún católico, por eminente que sea, puede hoy ser elegido presidente de nuestra nación".

Así decía uno de los principales teólogos católicos norteamericanos sólo catorce años antes de que el senador John Kennedy se propusiera llegar a ser presidente de los Estados Unidos. En 1960, muchos norteamericanos pensaban todavía así: un católico no podría ser nunca elegido para ocupar la Casa Blanca.

Sólo una vez, treinta y dos años antes, un católico aspiró a la presidencia... y fue decisivamente derrotado. Este fue Al Smith, de Nueva York. Sin embargo, algunos políticos que habían sondeado cautamente los sentimientos del público en 1960, emitieron la teoría de que en la actualidad había menos intolerancia en Norteamérica. Esto, naturalmente, era difícil de demostrar, porque parecía evidente que en ciertos sectores del país existía una abrumadora corriente de opinión pública violentamente opuesta a la elección de un presidente católico.

Había muchos problemas que afrontar. Uno, evidentemente, era la religión. Otro era la edad: si ganada sería el hombre más joven elegido para la presidencia en toda la historia. Un tercer problema era su calidad de senador: sólo otro hombre, Warren Harding, había pasado a la Casa Blanca directamente desde el Senado. Por la misma naturaleza de su cargo, un senador se ve obligado a adoptar decisiones impopulares, y las decisiones impopulares significan pérdida de votos. Resumiendo todo esto varios años antes de iniciar la campaña final, Jack decía a un periodista:

"Nadie va a regalarme la designación. Si yo fuese protestante, gobernador de un Estado importante

y tuviera cincuenta y cinco años, podría sentarme y esperar que me la trajeran. Tendré que trabajar para ganármela... y de una manera infensísima”.

El contraste entre Jack Kennedy y Al Smith era diametral. Kennedy era católico, sí, pero era también millonario, se había educado en las mejores escuelas del mundo, era esbelto y apuesto, era un intelectual, escritor y devorador de libros importantes, tenía un historial de guerra digno de una película de Hollywood y, sobre todo, su historial en el Senado demostraba que en las votaciones había ayudado siempre al trabajador y a los pobres, mientras que en otras cuestiones mostraba un balance conservador. En términos políticos, la ejecutoria de Jack era invencible.

Su edad, y Jack lo admitía, era un problema, pero si los republicanos iban a designar candidato al vice-presidente Richard M. Nixon, que tenía cuarenta y siete años, sus cuarenta y tres años no parecían tan poca cosa.

Casi inmediatamente se encontró enfrascado en todos los problemas más espinosos de la actualidad.

Una cuestión muy discutida era la de la segregación racial, un tema tan delicado que se aconsejó a Kennedy que no lo tratara. En 1958, las turbas habían invadido la soñolienta capital sudista de Little Rock, en protesta contra la decisión de que las escuelas de la ciudad, que estaban reservadas para los blancos hasta entonces, abrieran sus puertas también a los estudiantes negros. El presidente Eisenhower envió fuerzas del Ejército a la ciudad para mantener el orden, y los sudistas se mostraron violentamente opuestos a lo que consideraban un acto arbitrario del gobierno federal.

Esto preocupaba a Jack, pero no le detuvo. Había luchado con mucha frecuencia por causas que la gente consideraba demasiado vidriosas para tratarlas. Por ejemplo, había urgido la necesidad de poner freno a las actividades de los sindicatos, lo que molestó a la vez a los republicanos y a los demócratas: a los republicanos porque las propuestas de Kennedy no les parecían suficientemente duras, y a los demócratas porque molestarían a los sindicatos, de los que los demócratas habían sido siempre amigos. Además, Jack había aceptado el compromiso de pronunciar un discurso en Mississippi mucho antes de que estallaran los disturbios de Little Rock. No iba a permitir que la posibilidad de meterse en apuros le disuadiera de ir allí.

Cuando llegó a Mississippi, los periódicos locales publicaban un desafío del presidente del partido republicano de aquel Estado, Wirt Yeager, Jr., en el que se retaba a Jack para que expusiera sus opiniones sobre la integración escolar en el discurso que había de pronunciar aquella noche. Aquella noche, Jack se presentó ante un expectante auditorio. Sus observaciones iniciales fueron recibidas en silencio. Luego, balanceándose sobre su talones, afrontó directamente el reto de Yeager:

“No vacilo en decir al presidente republicano lo mismo que he dicho en mi propia ciudad de Boston —dijo Jack, con los ojos llameantes—, o sea, que acepto la decisión del Tribunal Supremo como ley máxima del país. Creo que la mayoría de nosotros estamos de acuerdo en la necesidad de mantener la ley y el orden en todas las partes de la nación”.

Jack hizo una pausa y el silencio se hizo aún más profundo. Luego continuó:

“Y ahora, reto al presidente local del partido republicano a que nos diga su punto de vista acerca de Eisenhower y Nixon”.

La multitud rompió espontáneamente en aplausos y en aclamaciones. Las informaciones sobre aquel acto refieren que un diputado local dijo a un periodista:

“Nunca creí que nadie pudiera hablar en el centro de Mississippi en favor de la integración y ganarse una ovación del público puesto en pie”.

El corresponsal de una revista de información situado cerca de Kennedy oyó que un joven demócrata le decía:

“Todos esos bautistas y metodistas van a votarle

a usted, mi católico amigo, y yo voy a ser uno de ellos”.

Al llamarle “mi católico amigo”, el joven demócrata apuntaba a uno de los mayores obstáculos con que se encontraba Jack.

Jack afrontó el problema honradamente. Sabía que su catolicismo iba a costarle algunos votos en una elección nacional. Pero decidió probar al público que un católico, exactamente igual que protestante o un judío, haría pleno honor a la Constitución si era elegido.

En cierta ocasión en que Jack era acosado por la prensa, un periodista le preguntó:

“Sería concebible una situación en que los dictados de su Iglesia y las exigencias de su país estuvieran en contradicción. En tal caso, ¿hacia qué lado se inclinaría su lealtad?”.

“En primer lugar —replicó Kennedy—, no puedo imaginar ninguna cuestión que pueda plantear tal contradicción. Nadie en mi Iglesia me da órdenes. Mi Iglesia no obra de semejante manera. He estado diez años en el Parlamento y este caso nunca se me ha presentado. La gente teme que los católicos reciban órdenes de una organización más alta. Pero no es cierto. O, al menos en mi caso, no es cierto.

“Además, yo no puedo obrar como una persona privada; mi responsabilidad es hacia mis electores y hacia la Constitución. Si se produjera un conflicto entre los dos, y no fuera una cuestión personal estrictamente moral, estaría obligado a obrar en favor de los intereses de los demás”.

El argumento de Jack era de peso. Había servido honradamente en el Congreso sin entrar en conflicto con su Iglesia. Había luchado al Sur del Pacífico y casi había muerto defendiendo la Constitución sin entrar en conflicto con su Iglesia. Además, Jack dijo:

“Es obligación de un funcionario público defender la Constitución. Es su principal obligación”.

## Candidato a la presidencia

Kennedy participó en todas las elecciones primarias de importancia. En Wisconsin y luego en Virginia del Oeste, sus victorias dejaron al senador Hubert Humphrey fuera de combate. Posteriores elecciones primarias llevaron grandes bloques de delegados al campo de Jack. El intento del senador Stuart Symington por obtener el nombramiento no consiguió emprender altura. Tampoco el de Adlai Stevenson. Sólo el jefe de la mayoría en el Senado, Lyndon Johnson, parecía con la suficiente fuerza para presentar combate en la Convención demócrata de 1960 en Los Angeles.

Pero Johnson fue también desbordado cuando los bien organizados colaboradores de Jack invadieron el local donde se celebraba la Convención provistos de emisoras-receptoras portátiles para mantenerse en constante enlace.

A la primera votación se designó a John F. Kennedy abanderado del partido demócrata en las elecciones de 1960.

Luego, a petición de Jack, Johnson fue designado aspirante a la vicepresidencia, un premio que Jack estuvo a punto de alcanzar exactamente cuatro años antes.

## Victoria

Jack Kennedy, con sus cuarenta y tres años —decían los republicanos—, es demasiado joven e inexperto para desempeñar eficazmente la presidencia de los Estados Unidos y la jefatura del mundo libre. Su hombre, Richard M. Nixon, sería una elección mucho mejor. Nixon había servido como vicepresidente de Eisenhower durante ocho años, era mayor que Kennedy, era más responsable.

Las fuerzas de Kennedy respondían: muchos de los primitivos jefes de la revolución americana estaban en los comienzos de la cuarentena cuando la na-

ción fue fundada. El presidente Teddy Roosevelt tenía sólo cuarenta y dos años cuando fue elevado desde la vicepresidencia a la presidencia por la muerte del presidente William McKinley. Kennedy había pasado tanto tiempo como Nixon en el servicio federal de Washington, pues los dos se iniciaron como miembros del Congreso en 1946. Norteamérica estaba en una encrucijada y era el momento de nombrar un presidente joven, intrépido e imaginativo, un jefe que pudiera guiar al país a través de una "Nueva frontera", y Jack Kennedy era ese hombre.

La campaña dio comienzo. Kennedy y su compañero de candidatura, Lyndon Johnson, cruzaron sus armas políticas con Nixon y el candidato republicano a la vicepresidencia, Henry Cabot Lodge, el mismo a quien Jack había derrotado en las elecciones de 1952 para el Senado de Massachusetts.

El ímpetu de la campaña fue creciendo. Las doce horas diarias de campaña aumentaron a catorce y luego a dieciséis horas, seis días por semana, con los domingos reservados para ir a la iglesia, descansar un poco y celebrar luego más conferencias sobre planes y estrategia.

Una fea literatura que alentaba el odio contra los católicos llenaba los correos, sobre todo en el Medio Oeste y en el Sur. Los sacerdotes católicos, generalmente, permanecieron al margen de la contienda política. Así lo hicieron también la mayoría de los ministros protestantes, pero no todos. Algunos predicaron abiertamente desde sus púlpitos que sería un desastre nacional el que un católico llegara a ser presidente.

Con el fin de asestar el golpe definitivo contra la intolerancia religiosa, Jack se trasladó en avión a Texas para pronunciar un discurso ante la Greater Houston Ministerial Association, una fuerte organización de clérigos protestantes. Su discurso debía transmitirse a todo el Estado mediante la televisión. La importancia de la ocasión, aunque nunca se declaró así oficialmente, era tal que si Jack no conseguía convencer a los ministros protestantes de que era capaz de desempeñar el cargo de presidente de la misma manera que un no católico, no lograría el apoyo de aquel poderosísimo grupo.

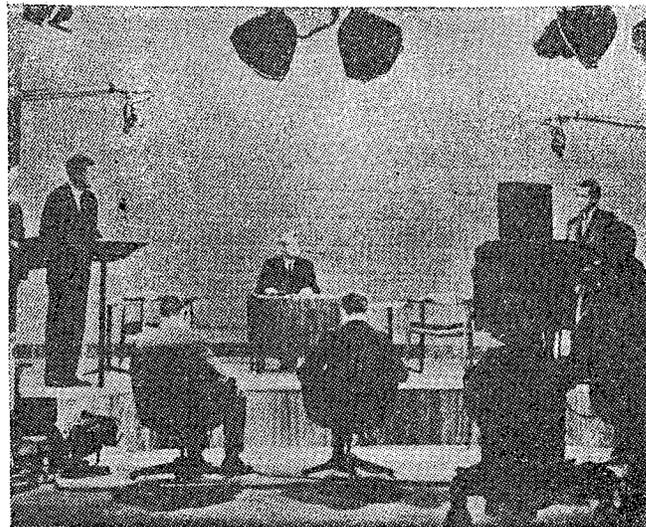
Leyó una declaración de cinco páginas en la que decía:

"Creo en una Norteamérica donde la separación de la Iglesia y el Estado es absoluta, donde ningún prelado católico diría al presidente, aunque fuera católico, cómo de obrar, y ningún ministro protestante diría a sus feligreses cómo deben votar... Yo no hablo en nombre de mi Iglesia en las cuestiones públicas, y la Iglesia no habla en mi nombre".

Las palabras de Jack estaban alcanzando su objetivo, y cuando se aproximaba a un párrafo que sería frecuentemente citado en el futuro, resaltó su significado con enérgicos y dramáticos movimientos de la mano, como si cortase el aire:

"En cualquier cuestión que yo haya de afrontar como presidente —si soy elegido— sobre control de la natalidad, divorcio, censura, juego o cualquier otra cuestión, haré mi decisión de acuerdo con estos puntos de vista, de acuerdo con lo que mi conciencia me dicte que va en interés de la nación y sin atender a ninguna presión o dictados religiosos externos. Y ninguna fuerza ni amenaza de castigo podrá hacer que me decida de otra manera. Pero si alguna vez llegara el momento —y yo no admito que ningún conflicto sea posible ni remotamente— en que mi cargo me exigiera o violar mi conciencia o violar el interés nacional, entonces dimitiré del cargo, y creo que cualquier funcionario público consciente haría lo mismo".

Nadie podía pedir a Jack que dijera más, nadie había esperado que dijese tanto. La cuestión no volvió a plantear dudas, al menos en lo que se refería a Jack y a los que escucharon su discurso. Los Ciudadanos de la Libertad Religiosa, la organización que había forzado al principio el tema, publicó una declaración calificando el discurso de Jack como "la más completa, inequívoca y tranquilizadora declaración que podía esperarse de una persona colocada en su situación".



Debate crucial ante las cámaras de televisión con su contrincante, Richard M. Nixon, durante la campaña presidencial.

Al iniciarse la campaña, en un dramático acto, Jack había desafiado a Nixon a celebrar un serie de debates televisados para emular las históricas discusiones entre Lincoln y Douglas. Nixon, recordando el mediocre discurso de Jack en la Convención de Los Angeles, que había presenciado por televisión, aceptó el reto. Aquel fue el gran error de Nixon.

El desafío de Kennedy fue un éxito para éste. El primer debate, en Chicago, fue particularmente decisivo. Nixon —con su rostro de barba cerrada y marcadas facciones brillantes de sudor— se mostró desvaído y blando a los setenta millones de norteamericanos que contemplaron aquel primer debate. Sus argumentos fueron flojos y poco impresionantes. A su lado, Kennedy parecía —y lo era— vigoroso, alerta, agudo y claro. Su afinado y lógico análisis de la situación interna de los Estados Unidos se irradió a todo el país en tono alto y claro. En una hora escasa, la aparición de Kennedy en la televisión nacional deshizo las acusaciones de los republicanos acerca de su juventud y falta de madurez. Puso de manifiesto a un nuevo candidato: Jack Kennedy, joven pero maduro, agresivo pero cortés, ímpetuoso pero tranquilo, intelectual pero también práctico. Había encontrado su camino.

Imperceptiblemente al principio, luego de manera más notoria y finalmente con ímpetu incontenible, la campaña de Jack emprendió el vuelo y se remontó a las nubes. Multitudes entusiasmadas le rodeaban siempre que se detenía en alguna parte. Influyentes periodistas respaldaban su candidatura.

La marea había cambiado, dijeron los entendidos. La victoria de Kennedy sería aplastante. Pero, no queriendo dejar nada a la suerte, Kennedy aceleró el ritmo de su campaña. Días de dieciocho y veinte horas de actividad eran comunes. Parecía y hablaba como un vencedor, como un vencedor con una causa. "Dadme vuestras manos y vuestros corazones —decía a las multitudes— y uníos a mí en la Nueva Frontera".

8 de noviembre de 1960. La elección no fue una abrumadora victoria para Kennedy. De hecho, fue la más disputada del siglo. El clan Kennedy en pleno contemplaba nerviosamente los resultados desde la casa de Hyannis Port. Jack adquirió ventaja al principio. Luego cedió ligeramente. Millones de norteamericanos de toda la nación permanecieron levantados hasta mucho después de media noche, en espera de que los últimos resultados de las elecciones fueran comunicados. Desde Los Angeles, a las dos de la mañana, Nixon aparece en la televisión. La cosa va mal, dice, pero por el momento no admitiré



Mr. y Mrs. Kennedy en el bautizo de su hijo John Fitzgerald, Junior, que nació el 25 de Noviembre de 1960.

que esté derrotado. Finalmente, a las diez de la mañana del día siguiente, Nixon admite su derrota. John F. Kennedy ha sido elegido Presidente de los Estados Unidos.

## Presidente electo

La elección ha terminado. Súbitamente, Jack Kennedy se ha convertido en el hombre más poderoso del mundo. De un simple plumazo puede movilizar las potentes fuerzas norteamericanas de tierra, mar y aire y lanzarlas al ataque; puede crear nuevas ciudades, puede destruir un continente y mandar hombres al espacio. En ningún momento de la Historia, tan gran poder estuvo depositado en tan jóvenes manos.

Al día siguiente, en Hyannis Port, el Presidente electo John Kennedy se une a otros miembros de su familia para jugar un partidito de "touch". Salta en el aire para coger un pase, choca con un jugador del otro equipo y cae al suelo. Se levanta sonriendo, aunque los policías secretos que le han sido asignados no sonríen precisamente.

"¡Así es mi hermano! —bromea Bobby Kennedy—. Mucho entusiasmo y ninguna inteligencia".

Antes de su toma de posesión, el 20 de enero de 1961, Kennedy debe formar un equipo de hombres que le aconsejen. Durante los meses que transcurren entre su elección y la toma de posesión busca las personas adecuadas que puedan ayudarle a dirigir la política de la Casa Blanca en el futuro.

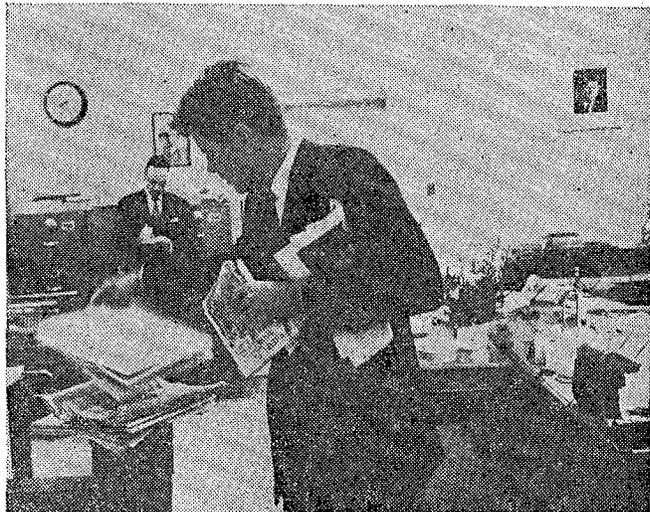
Celebra breves conferencias de prensa en el vestíbulo de su casa de Georgetown, con el fin de presentar a los hombres que ha elegido para formar su Gabinete. Allí está Dean Rusk, que ha sido presidente de la Fundación Rockefeller, elegido secretario de Estado; allí está también Robert S. McNamara, que deja su puesto de presidente de la Ford Motor Company para ser secretario de Defensa; Adlai Stevenson, que ha realizado una brillante campaña en favor de Jack, será el nuevo embajador ante las Naciones Unidas; un republicano, Douglas Dillon, sobrepone a su lealtad al partido su amor por Norteamérica y es nombrado secretario de Tesoro; Abraham Ribicoff, ex-gobernador de Connecticut, es el nuevo secretario de Sanidad, Educación y Bienestar Social; y el hermano menor, Bobby, acepta la propuesta de su hermano mayor para que desempeñe el cargo de fiscal general.



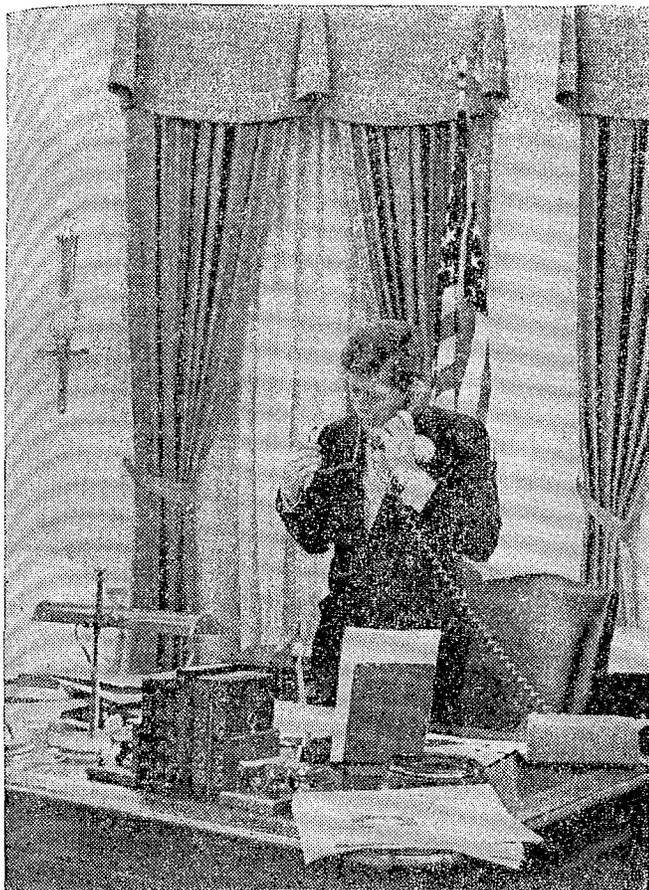
El Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Earl Warren, toma el juramento al nuevo Presidente, John F. Kennedy, el 20 de Enero de 1961.

Son muchos más los elegidos por Kennedy y todos tienen mucho en común: son sorprendentemente jóvenes, acometedores y duros, y, sobre todo, entregados. La prensa pronuncia su veredicto: "los hombres de la Nueva Frontera de Kennedy constituyen el grupo más capacitado que jamás llevó a Washington un nuevo presidente".

Y así, en un día azotado por el viento de enero, John F. Kennedy asciende a una blanca tribuna en Washington y solemnemente presta el juramento de ritual como nuevo Presidente de los Estados Unidos. Pronuncia un discurso inaugural tan significativo como no se recuerda otro en la historia del país. Luego, después de encabezar el desfile inaugural hasta su tribuna, el Presidente Kennedy, en pie, recibe el saludo de los cincuenta Estados.



El reloj señala las 7:43 p.m., mientras el Presidente Kennedy se prepara a salir de su oficina llevando documentos que ha de leer antes de que su día de trabajo termine.



En su oficina de la Casa Blanca el Presidente Kennedy se concentra en una llamada telefónica. La venda sobre la ceja izquierda cubre una pequeña herida que recibió cuando al recoger un juguete de su hija Caroline se golpeó con una mesa.



El Presidente Kennedy pronunciando su discurso en Fort Worth, Texas, el 22 de Noviembre, pocas horas antes de ser asesinado en Dallas, Texas... A la izquierda aparece el Gobernador John Connally, que fue herido en el atentado, y a la derecha el Vice-Presidente, Lyndon B. Johnson, que sucede al Presidente Kennedy.



El Presidente Kennedy llega a La Morita para presenciar la entrega de títulos de propiedad a campesinos venezolanos como parte del programa de Reforma Agraria de la Alianza para el Progreso.



La familia del Vice-Presidente Lyndon B. Johnson: su esposa, Claudia Alta, (Lady Bird) Taylor de Johnson y sus hijas: Lynda Bird de 19 años y Lucy Baines de 16 años.